

The background of the cover is a textured, aged parchment or paper with faint, brown musical notation. A red violin is positioned diagonally across the lower half of the image, with its body and f-hole clearly visible. A single red rose is tucked behind the violin's neck and scroll. The overall aesthetic is warm and artistic, suggesting a connection between music and love.

El
Himno al amor
de san Pablo

Anselm Grün

Colección «EL POZO DE SIQUEM»»

227

Anselm Grün

El
«Himno al
amor»
de san Pablo

Editorial SAL TERRAE
Santander – 2008

Título del original en alemán:

Das Hohelied der Liebe

© 2008 by Vier-Türme GmbH, Verlag
D-97359 Münsterschwarzach Abtei

Traducción:

Ramón Alfonso Díez Aragón

Para la edición española:

© 2008 by Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)
Tfno.: 942 369 198 / Fax: 942 369 201
salterrae@salterrae.es / www.salterrae.es

Diseño de cubierta:

María Pérez-Aguilera
mariap.aguilera@gmail.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública y transformación de esta obra
sin contar con la autorización
de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionada
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(arts. 270 y s. del Código Penal).

Con las debidas licencias

Impreso en España. Printed in Spain

ISBN: 978-84-293-1770-1

Dep. Legal: BI-1734-08

Impresión y encuadernación:

Grafo, S.A. – Basauri (Vizcaya)

Índice

<i>Introducción</i>	7
1. El «Himno al amor»	
en la Primera Carta a los Corintios	17
Consideraciones fundamentales	18
«Si no tengo amor...»	24
«El amor es comprensivo»	32
«No presume»	37
«No lleva cuenta del mal»	46
«Goza con la verdad»	55
«Todo lo soporta»	59
«El amor no pasa nunca»	69
«La fe, la esperanza, el amor... la más grande es el amor»	72
2. El «Cantar de los Cantares»	
en el Antiguo Testamento	77
3. El «Himno al amor» y la filosofía	87

4. El «Himno al amor» y la psicología	97
Formas de amor enfermizas	98
La fuerza sanadora del amor	100
La fuerza sanadora del amor espiritual	102
Lugares para la experiencia del amor	106
Experiencias de amor felices y lacerantes	109
El arte de amar	112
El deseo de amar y ser amado	114
5. El «Himno al amor» y las experiencias de orientación matrimonial	119
<i>Conclusión</i>	139
<i>Bibliografía</i>	143

Introducción

TODO ser humano desea amar y ser amado. Este anhelo humano primario se ha expresado desde tiempos inmemoriales en innumerables poemas, cantos, novelas, cuadros y esculturas. Todas las formas de arte giran, en último término, en torno al tema del amor, que se hace audible en la música y visible en los cuadros. Al mismo tiempo, no obstante, el amor es siempre un misterio que los seres humanos nunca comprendemos del todo. Estamos agradecidos por el regalo del amor. Y, sin embargo, la tristeza se adueña de nosotros cuando nuestro deseo de amor no es satisfecho. El amor puede fascinarnos, pero a veces produce muchas heridas. Todos sabemos lo que significa amar. Pero también es cierto que nos resulta difícil amar de verdad. Esto exige aprender un arte específico. Todas las culturas nos han mostrado caminos a través de los cuales se puede llegar a amar. Y la sabiduría popular se ha ocupado siempre de este tema.

La lengua alemana tiene sólo la palabra *Liebe* para expresar el misterio del amor: el amor entre el hombre y la

mujer, el amor de los padres a sus hijos, el amor entre los amigos, el amor al prójimo, el amor a uno mismo, el amor que Dios nos tiene y nuestro amor a Dios. Todas estas formas diferentes de amor tienen manifiestamente un núcleo común, que es bueno. Ese núcleo se encuentra también en las palabras *glauben* («creer») y *loben* («alabar»). *Glauben* significa ver lo bueno en el otro; *loben* significa nombrar lo bueno y expresarlo; y *lieben* significa portarse bien, proceder bien y con buena intención con el otro, porque me atrae lo bueno que hay en él y tengo buenos sentimientos hacia él.

Los griegos distinguen entre el *eros*, el amor pasional, que se refiere sobre todo al amor entre el varón y la mujer; la *philia*, el amor de amistad, que se alegra del ser del amigo; y la *agapé*, el amor desinteresado al prójimo, el amor a Dios y el amor de Dios al ser humano. Para los griegos hay tres formas diferentes de amor y, no obstante, las tres constituyen un solo grupo. La *agapé* tiene necesidad del *eros* para mantenerse viva, y también necesita la *philia*, que se alegra del ser del otro. Y, viceversa, no hay ningún *eros* que no participe del amor de amistad y del amor puro, que nos viene de Dios.

El Nuevo Testamento responde a la pregunta por el misterio del amor poniendo los ojos en Jesucristo. En Jesús de Nazaret reconocieron los autores del Nuevo Testamento lo que significa la *agapé* y cómo el amor desearía determinar nuestra vida. En sus escritos nos han mostrado cómo podemos experimentar el amor y cómo podemos aprender el arte de amar. Esto explica que giren sobre todo en torno al misterio de la *agapé*. Ésta, el amor puro, el

amor divino, no es en primer lugar una exigencia planteada al ser humano, sino un don de Dios; más aún, es la esencia misma de Dios. Así, la doctrina del Nuevo Testamento sobre el amor culmina en estas palabras de la Primera Carta de Juan: «Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él» (1 Juan 4,16). No podemos invertir esta frase; no podemos afirmar simplemente: el amor es Dios. Más bien, Juan quiere decir que la esencia más íntima de Dios es el amor. Y cualquier persona que ame y sea amada experimenta al mismo tiempo algo del amor de Dios.

Dios es, por su misma esencia, amor. Él ama a los seres humanos. Por amor creó el mundo, para compartirlo con sus criaturas. Por amor envió a su Hijo en medio de los seres humanos. Para el Evangelio de Juan, el amor es la causa de la encarnación: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3,16). Dios quiso buscar amorosamente a todos los que se habían perdido, para que pudieran encontrar de nuevo la vida verdadera y eterna. Su amor se expresó en el amor del Hijo. Y el amor del Hijo vivió en la muerte la expresión de la perfección suprema: «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Juan 13,1). Los seres humanos podemos participar en el amor de Dios, que se ha derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo (véase Romanos 5,5). Del corazón de Jesús brotó su Espíritu, para llenar nuestro corazón del amor configurado por Cristo y que él vivió, antes que nosotros, hasta el extremo.

La *agapé*, el amor que fluye hasta nosotros en la muerte de Jesús y que llena nuestro corazón, quiere expresarse en nuestra vida. Pretende hacerse visible en nuestro amor a Dios y al prójimo. Pero es más que una acción. Es un ser. Es el nuevo ser en Cristo. Es el sentido más profundo y la perfección de todo ser. Los padres de la Iglesia griega trataron de unir las afirmaciones de la Biblia con los conocimientos de la filosofía griega sobre el amor. La filosofía griega pensaba más en categorías metafísicas que morales. Lo que le importaba era el ser, el fundamento de todo ser. Para Platón, este fundamento de todo ser es el amor. Platón habla del *eros*, que para él no es tanto el amor concupiscente cuanto una fuerza poderosa que une y unifica todas las cosas. El amor es el impulso hacia la unión.

Los padres de la Iglesia tienen siempre la doctrina platónica del *eros* como trasfondo en su interpretación de las afirmaciones neotestamentarias sobre el amor. Quieren salvar la oposición entre *eros* y *agapé*. No hablan sólo de la *agapé* (en latín: *caritas* o *dilectio*) de Dios, sino del *eros* (en latín: *amor*), que configura el amor que Dios nos tiene. Orígenes transforma la definición de Juan, «Dios es *agapé*», en «Dios es *eros*». Dios ama a los seres humanos apasionadamente. Y también nuestro amor a Dios debe estar caracterizado por la pasión del *eros*, del *amor*.

Para mí, esto no es mera historia de la teología, sino que más bien veo en ello el intento de unir el amor que Dios nos da, que actúa en nosotros a través del Espíritu Santo, con el amor natural y con la fuerza del *eros*. Sin *eros*, nuestro amor a Dios se queda sin color, y nuestras palabras sobre el amor que Dios nos tiene pierden su fuer-

za. Sin *eros*, nuestro amor al prójimo se hace aburrido. Sólo hacemos justicia al misterio del amor si unimos nuestras experiencias humanas del amor fascinante, pero también sobrecogedor, con las afirmaciones de la Biblia sobre el misterio de la *agapé*, que constituye la esencia de Dios y en la que participamos a través de Jesucristo.

Toda la historia de la teología está atravesada por el intento de unir los dos polos: *eros* y *agapé*. Para mí, esto significa que no hablo sobre el amor sólo desde la perspectiva psicológica, sino que también tengo siempre presente la dimensión espiritual. Según el teólogo medieval Juan Escoto Erígena, *amor* es la fuerza natural que mueve todas las cosas. Y Dios es, en último término, la causa primaria de todo amor. El amor aproxima a los seres humanos. Es el móvil más profundo de la historia. Ahora bien, en lo más hondo de este amor encontramos, en definitiva, a Dios como amor.

Sobre el amor se ha reflexionado y escrito ya tanto que resulta difícil expresar convenientemente con palabras todo el saber humano sobre él o, al menos, decir algo nuevo al respecto. Por eso, en este libro deseo limitarme a interpretar el *Himno al amor*, entonado por Pablo en el capítulo 13 de la Primera Carta a los Corintios. Es un pasaje central del Nuevo Testamento. Muchos novios quieren que se lea este texto en la celebración de su matrimonio. Se entusiasman con las asombrosas afirmaciones de Pablo sobre el amor y tienen la sensación de que el apóstol describe con ellas su amor mutuo. Ciertamente, las palabras de Pablo expresan también el misterio del amor conyugal. Pero en el texto no se habla expresamente ni del amor en-

tre el hombre y la mujer, ni del amor al prójimo, ni del amor a uno mismo o a Dios. El amor es, sencillamente, un poder, una fuerza que está en el ser humano. Esto puedo explicarlo filosóficamente. O bien, como hace Pablo, puedo comprenderlo como don del Espíritu Santo. Dios nos ha regalado su Espíritu a través de Jesucristo. Y este Espíritu es un Espíritu de amor. En nosotros mana una fuente de amor. Este amor como don de Dios puede y debe expresarse concretamente en el amor entre varón y mujer, en el amor de los amigos entre sí y en todas las formas de amor que ya conocemos. Para Pablo, el amor es un carisma, es decir, un don que Dios nos regala por su gracia. El amor nos capacita para vivir la vida de un modo nuevo. Y para Pablo es el don supremo que Dios nos ofrece en Jesucristo.

Cuando yo era monaguillo y oía las homilias que se pronunciaban a propósito de este texto, solía pensar: «Demasiado hermoso para ser verdad». O tenía la impresión de que el sacerdote planteaba a los novios exigencias que nunca podrían cumplir. La interpretación del *Himno al amor* era, sobre todo, moralizadora: «No debes pensar en ti. Tienes que ceder siempre. Has de cubrirlo todo con amor». Eran con frecuencia palabras demasiado sentimentales y ajenas a la realidad.

Quiero comentar el texto tal como ha llegado hasta nosotros, con su trasfondo filosófico y psicológico. Y quiero traducirlo una y otra vez en las experiencias de amar y ser amados que todos tenemos en la vida. Entonces las palabras de Pablo son una buena noticia no sólo para las personas que aman, sino también para las que anhelan amor,

pero no lo viven como esperarían. También en estas personas, desengañadas del amor, este texto pretende despertar algo: algo que sienten en el corazón y llevan dentro de sí. Porque todo ser humano tiene en sí una fuente de amor, aun cuando momentáneamente esté enterrada o quizá haya dejado de manar. La Primera Carta a los Corintios contiene una buena noticia para todas las personas, porque les muestra que nadie carece de amor y que el amor puede transformar la vida de todo ser humano.

Al mismo tiempo, deseo enmarcar este texto sobre el amor en un horizonte más amplio. Pablo no escribe estas palabras sólo desde su propia experiencia, sino que canta al amor en un contexto histórico concreto. Estaba, por un lado, su trasfondo judío. Pablo se había formado en la teología judía. Así, ciertamente canta el *Himno al amor* desde el conocimiento del gran Cantar de los Cantares (*Canticum canticorum*) del Antiguo Testamento. Y escribe este texto en una situación muy determinada de la comunidad corintia, que estaba llena de entusiasmo, porque en ella se habían manifestado muchos dones espirituales, pero que a la vez estaba amenazada por la división debido a ese mismo entusiasmo. Los corintios amaban sobre todo los extraordinarios dones de predicción, con los que expresaban cosas ocultas, o el don de lenguas, con el que hablaban en un lenguaje extático. En estos fenómenos veían la acción del Espíritu de Dios.

Pablo señala a su comunidad otro camino: el camino del amor. Este camino es, por un lado, más sobrio. Porque el amor se expresa en comportamientos muy concretos en la vida cotidiana. Por otro lado, el amor es también fasci-

nante, porque manifiesta el deseo humano más profundo de cambio, de plenitud, de transformación. Para Pablo, los dones extraordinarios, como el don de predicción o el don de lenguas, no remiten al misterio del Espíritu Santo, que los creyentes han recibido a través de Cristo. Para él, lo que cuenta sobre todo es el amor, que es el mayor don de Dios. El amor constituye la esencia de lo cristiano. El amor es el verdadero carisma que debería configurar la vida del cristiano. Pablo no escribe de manera moralizadora sobre el amor. Más bien está fascinado por el amor que Dios nos ha regalado a través del Espíritu Santo.

Con todo, Pablo escribe este texto dialogando también, consciente o inconscientemente, con la filosofía de su tiempo. Pablo no se había formado sólo en la teología judía, sino también en la filosofía griega. Sus cartas permiten deducir que conocía bien sobre todo la filosofía estoica. Y quería que los cristianos superaran con su manera de vivir las exigencias éticas de dicha filosofía. Por eso escribe a los filipenses, una comunidad griega: «Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud o valor, tenedlo en aprecio» (Filipenses 4,8). Ésta es una síntesis de lo que los filósofos estoicos esperaban de sus seguidores.

No obstante, en su *Himno al amor* Pablo se refiere menos a la dimensión ética del amor. Describe el amor más bien –a la manera de los filósofos griegos– como un verdadero poder, como una fuente de la que el ser humano bebe, como una energía que impulsa a las personas. Así, su texto sobre el amor recuerda los textos filosóficos de su tiempo sobre el misterio del amor. Platón, el mayor de los

filósofos griegos, canta al amor como una fuerza, que ejerce un gran poder sobre el ser humano, con estas palabras:

«A mí, Fedro amigo, me parece que, de suyo, Eros es ante todo el más hermoso y mejor, para luego dispensar este don precisamente a todos los demás. Me siento inspirado para hablar sobre él también en versos. Eros es quien crea la paz entre los seres humanos, mantiene inmóvil la superficie del mar, reduce la tempestad a un asombroso silencio y concede a quien sufre un sueño apacible. Nos libera de la desconfianza y nos hace ricos en familiaridad».

Más cerca aún del *Himno al amor* de Pablo se encuentra un texto de Máximo de Tiro:

«Nada odia tanto el amor como la coacción y el temor. Es orgulloso y perfectamente libre, más libre incluso que Esparta. Pues entre todas las cosas humanas, sólo el amor, cuando habita puro en una persona, no mira asombrado la riqueza, no teme a ningún tirano, no se aterra ante ningún trono, no tiene miedo a ningún juicio, no huye de la muerte. No le asusta ninguna bestia, fuego, abismo, mar, espada o soga. Incluso lo intransitable es transitable para él; lo invencible se hace vencible; lo terrible, aceptable; y lo difícil, llevadero... En todo es audaz, todo lo abarca con la vista, todo lo domina».

En ambos textos se concibe el amor como don de Dios, que configura la vida del ser humano y le da un nuevo sabor. En la persona que está llena de amor no ejercen in-

fluencia las turbulencias de la vida, porque es capaz de superar el sentimiento de la alienación interior. Entra en contacto consigo misma y siente su propio centro.

Platón habla del amor con imágenes. El amor da la paz a los seres humanos y, en tiempos de intranquilidad y adversidad, nos pone en contacto con el espacio interior de la quietud. El amor abre en nuestro corazón un espacio donde encontramos el sosiego. Y nos pone en contacto con nuestra verdadera esencia. Nos familiariza con nosotros mismos, con la imagen interior y originaria que Dios se ha hecho de nosotros.

En Máximo de Tiro aparece el amor como energía, como el poder frente al cual nada en el mundo puede resistirse. Aunque el amor no tiene armas, los tiranos tienen miedo de él. Este tema aparece una y otra vez en los escritores griegos. Así, en los cantos anacreónticos leemos: «No me ha vencido ni la caballería ni la infantería ni la marina. No, sino que ha sido otra fuerza la que me ha derribado sólo con sus ojos». El amor encuentra un camino hacia otras personas que, de otro modo, estaría cerrado. Máximo concluye su texto con un triple «todo» o «en todo», a semejanza de Pablo, que culmina su canto al amor con un cuádruple «todo» y lo corona con la expresión «todo lo soporta».

Así pues, en la interpretación del *Himno al amor* consideraré una y otra vez también el trasfondo filosófico y psicológico y aplicaré las palabras a nuestras experiencias con el amor: a las vivencias felices y lacerantes, a las experiencias fascinantes y decepcionantes del amor que tenemos continuamente.

1

El «Himno al amor» en la Primera Carta a los Corintios

«Ya podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles; si no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o unos platillos que aturden.

Ya podría tener el don de predicción y conocer todos los secretos y todo el saber; podría tener fe como para mover montañas; si no tengo amor, no soy nada.

Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve.

El amor es comprensivo, el amor es bondadoso y no tiene envidia; el amor no presume ni se engríe.

No es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuenta del mal.

No se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad.

Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El amor no pasa nunca. ¿El don de profecía? Se acabará. ¿El don de lenguas? Enmudecerá. ¿El saber? Se acabará.

Porque inmaduro es nuestro saber e inmadura nuestra profecía.

Pero cuando venga la madurez, lo inmaduro se acabará.

Cuando yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño. Cuando me hice un hombre, acabé con las cosas de niño.

Ahora vemos como en un espejo de adivinar; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es por ahora inmaduro, entonces podré conocer como Dios me conoce.

En una palabra: quedan la fe, la esperanza, el amor: estas tres. La más grande es el amor»

(1 Corintios 13,1-13).

Consideraciones fundamentales

PABLO no escribe aquí sobre el amor a Dios o al ser humano, ni sobre el amor entre hombre y mujer, sino sobre el amor como poder, como capacidad, como energía que cambia la vida y le da un sabor de amplitud, libertad y ternura. En los doce capítulos anteriores ha descrito Pablo los diferentes carismas del Espíritu Santo. Dios ha dado a la comunidad de Corinto, a través del Espíritu, una serie de carismas: los carismas de la sabiduría, del poder de la fe, de la curación de enfermos, de la profecía, del discerni-

miento de espíritus, del don de lenguas... En el capítulo 13, Pablo no pretende que los corintios se esfuercen por lograr dones espirituales espectaculares, sino que quiere invitarlos a aspirar a los dones más altos. El carisma supremo que da el Espíritu es el amor. De este modo, Pablo muestra un camino para que la vida cristiana sea plena. Y describe las posibilidades que Dios ha puesto en nuestro corazón a través del amor. Dios mismo nos pone en condiciones de amar. Ahora bien, nuestra tarea es aspirar también a ese amor, que se nos regala como don, y hacerlo realidad igualmente en nuestra vida concreta.

Pablo no escribe en este capítulo, redactado con mucho esmero, acerca de la actividad de la persona que ama, ni tampoco acerca del amor fraterno o del amor a Dios. Más bien el amor es, por decirlo así, personificado. No es sólo un don de Dios, sino que es parte del mismo Dios, y en él participamos de Dios. El exegeta Hans-Josef Klauck escribe a este respecto: «Podemos decir que el amor es al mismo tiempo y esencialmente una cualidad de Dios, una parte de su autorrevelación y, como tal, irradia sobre el ser humano y hace posible que encuentre su existencia en el ámbito del amor» (Klauck 94).

La perspectiva del Evangelio de Juan es semejante. En él, el amor es un espacio donde habitamos, donde permanecemos: «¡Permaneced en mi amor!» (Juan 15,9). Al permanecer en el amor, nuestra vida se transforma. Participamos de Dios, somos divinizados. En el amor estamos unidos con el amor de Cristo, que es como la savia de la vid que entra en nosotros y nos une a él (véase Juan 15,1-8).

Pablo escribe sobre el poder del amor, pero también desde el trasfondo de la filosofía griega. Tanto Platón como Aristóteles escribieron sobre el misterio del amor. Para Platón, el amor es una fuerza divina que penetra en el ser del mundo entero y hace posible que éste no se desmorone y que lo separado se una de nuevo.

En nuestro tiempo ha sido sobre todo Gabriel Marcel quien ha actualizado esta doctrina de Platón. Para el filósofo francés, el amor es idéntico al ser. El amor es el fundamento originario de todo, también del ser humano. Está presente en todas las cosas. Esto significa «no sólo que cualquier persona lo recibe todo del amor, sino también que cualquier persona puede mantenerlo todo, lo que es y lo que tiene, única y exclusivamente de un modo amoroso, mientras que sin amor lo pierde todo y se encuentra, en último término, frente a la nada» (Lotz 24). Para Gabriel Marcel, el amor es el fundamento de nuestra existencia humana. Sin amor, no encontramos nuestra verdadera individualidad. Recibimos lo que Dios nos ha regalado primeramente en el amor. Ya se trate del amor conyugal, del amor de amistad, del amor de Dios o de nuestro amor a Dios, en todo experimentamos algo del amor como ser que todo lo completa y lo hace íntegro.

Gabriel Marcel conoce la diferencia entre ser y tener, retomada después por Erich Fromm en su libro *El arte de amar*. Quien realiza el modo de existencia del ser participa del amor. Porque el ser y el amor son una misma cosa. No puedo tener el amor simplemente como una propiedad. Más bien, se trata de ser amor y de experimentar un nuevo ser a través del amor. Quien se abre a los otros en el

amor participa del Ser absoluto como amor. Se siente «en la presencia de la luz, en la plenitud del ser» (Scherer 130). Las personas que se aman palpan lo eterno en su relación recíproca. Gabriel Marcel afirma que el amor significa decir a la persona amada: «Tú no morirás». Al morir, no nos vemos privados del amor. Por el contrario, en la muerte experimentaremos el amor en su forma pura, en su puro ser.

Desde Platón, la filosofía se ha ocupado siempre del fenómeno del amor. Toda la filosofía y la teología de la Edad Media estuvieron caracterizadas por la controversia acerca de si el amor se debía comprender como una fuerza fundamental natural —que, no obstante, en toda forma de amor al prójimo y de amor a Dios busca siempre también la propia felicidad— o como puro amor desinteresado —que excluye todo deseo egoísta—. Y se trataba de la controversia acerca de si la preeminencia correspondía al conocimiento o al amor, si la meta última del ser humano es el conocimiento de Dios o el llegar a ser uno con Dios en el amor.

Este debate puede parecernos extraño y, sin embargo, señala algo esencial. Siempre que vemos el amor de un modo demasiado idealista, como puro amor oblativo, podemos describirlo de una manera maravillosa. Pero nos planteará exigencias desmedidas. Y estará excesivamente lejos de nuestra experiencia humana del amor. Necesitamos una sana tensión entre el amor concupiscente, que también busca la propia dicha, y el amor desinteresado, que se olvida de sí en la experiencia del amor y se hace uno con la persona amada. Para que el amor no nos sobrecargue, sino que cumpla nuestro deseo último y enriquez-

ca verdaderamente nuestra condición humana, tenemos que encontrar –cada cual personalmente– un buen equilibrio entre el *eros*, la *agapé* y la *philia*; entre el amor natural y el sobrenatural; entre el amor que busca la felicidad y el amor oblativo.

Deseo describir el amor, que Pablo ensalza en su himno, como verdadero poder, como una cualidad que transforma nuestra vida. Para Pablo, el amor es un don de Dios. Es, en definitiva, el Espíritu Santo que Dios nos regala. El Espíritu Santo es amor. Por eso dice en la Carta a los Romanos: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Romanos 5,5). El amor es una realidad divina, que procede de Dios y que es el mismo Dios. En el amor, siempre tenemos ya parte en Dios. Pero este amor divino se expresa en nuestro amor humano, en el amor entre varón y mujer, en el amor al prójimo, en el amor a uno mismo y en el amor a Dios. Todas estas formas de amor nos hacen participar en el poder del amor descrito por Pablo, en el amor que regala a nuestra vida una nueva cualidad de vitalidad y dicha, y sana nuestras heridas.

En mi interpretación describiré primero el poder que el amor tiene de hacernos felices y que otorga a nuestra vida una nueva cualidad: el amor entre amigos y en la vida conyugal, el amor a las personas con quienes trabajamos y convivimos. Pero deseo tener siempre presente también la fuerza sanadora del amor con el que médicos y terapeutas, agentes de pastoral y trabajadoras sociales se dedican a quienes sufren por falta de amor y, debido a ello, han caído enfermos. Para mí, este texto de Pablo es también una

descripción de una terapia y una pastoral que, a través del amor, puede sanar las heridas de los seres humanos causadas por sus progenitores. Lo que vale para la terapia o el acompañamiento espiritual vale también para nuestras relaciones humanas completamente normales. Si amamos al otro, podemos curar sus heridas. Un ser humano puede convertirse en médico de otro si se deja guiar por el amor.

En mi opinión, el auténtico mensaje del texto es éste: «Aun cuando momentáneamente no te sientas amado y no tengas ninguna persona con la que estés unida en el amor, confía en el amor que hay en ti. Tú vislumbras el amor que hay en ti. Deseas amar. En tu deseo de amor ya hay amor. Si sufres por causa del amor, ya sabes lo que es el amor. Confía, por tanto, en el amor que hay en ti, pues no importa si en este momento estás enamorado y eres amado o no por otra persona. En ti está el don del amor. Dios mismo ha puesto el amor en tu corazón. Confía en ese amor. Deja que habite en ti. Siéntelo. Disfruta de él, pues hace que tu vida sea más rica. Y te otorga muchas posibilidades de llevar una vida buena. Trata de vivir también estas posibilidades del amor. Entonces tu vida será realmente plena. Entonces podrás experimentar agradecido los dones del amor. Si escuchas las palabras de la Primera Carta a los Corintios, deja que penetren en tu corazón. Y sentirás que despiertan tu deseo más profundo de amor. No digas que esas palabras son demasiado elevadas para ti. Tampoco te apresures a preguntarte si puedes cumplirlas. A través de las palabras, entra en contacto con el amor que dormita en el fundamento de tu corazón y que quiere ser despertado a través de estas palabras, para llenar todo tu ser».

«Si no tengo amor...»

«Ya podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles; si no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o unos platillos que aturden.

Ya podría tener el don de predicción y conocer todos los secretos y todo el saber; podría tener fe como para mover montañas; si no tengo amor, no soy nada.

Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve».

En primer lugar, Pablo señala en estos tres primeros versículos el sublime significado del amor para nuestra vida. Mediante la yuxtaposición de varias frases condicionales, va tensando un arco admirable y, de este modo, otorga a sus afirmaciones un vigor especial. Aunque una persona posea todos los dones y talentos de esta tierra, no le servirán de mucho, porque sin amor todo carece de valor.

Pablo se refiere primero al lenguaje de los hombres y de los ángeles, que en Corinto se practicaba como «hablar en lenguas». Los corintios estaban orgullosos de la oración en lenguas, porque en ella no hablaban en su lengua materna, sino que se abandonaban a la acción del Espíritu y pronunciaban, en un lenguaje extático, palabras que no comprendían. Éste era para ellos el lenguaje de los ángeles, que supera todo lenguaje humano. Ahora bien, con este fenómeno especial del lenguaje yo mismo puedo atraer la atención de los demás. El fundamento de las palabras

que pronuncio no es ya el amor, sino mi propio ego, que de este modo se hincha. Esto no vale sólo para el hablar en lenguas, sino para cualquier lenguaje con el que juego con las palabras con el fin causar impresión. Las palabras pueden ser expresión del amor. Pero también pueden expresar mi necesidad de demostrar lo que valgo. Sólo las palabras que proceden del corazón, que están llenas de amor, tienen una eficacia sanadora sobre las personas. Todo lo demás es únicamente un deseo de notoriedad, un ruido vacío.

Pablo compara este lenguaje con un metal que resuena o unos platillos que aturden. El término *kymbalon* del texto original griego, traducido por «platillos», se refiere exactamente a los címbalos que se usaban en el culto a Cibele. El ruido que se hacía con tales instrumentos era una de las características de los cultos místicos. Sin embargo, para Pablo semejante culto no tiene ningún valor si falta el amor.

Si aplicamos estas palabras a nuestra situación, significa que podemos pronunciar discursos muy brillantes, podemos motivar extraordinariamente a nuestros colaboradores o tratar de convencer a otros con palabras; si falta el amor, todos los efectos retóricos carecen de valor. Se nota si las palabras que pronuncia una persona proceden del corazón, si están llenas de amor o si, sencillamente, se complace en ellas. Hay personas que juegan con las palabras. Pero se percibe la presunción con que hablan. El amor es para Pablo el fundamento de nuestro lenguaje. Es la fuente de la que brotan las palabras. Si nuestro lenguaje no lleva en sí la semilla del amor, aunque sea brillante y convenzamos a otros, nuestras palabras no se convierten realmente en una bendición para otros.

Aplicado al ámbito de las relaciones personales, esto significaría: fíjate en si lo que dices a tu esposa, a tu esposo o a tu amigo está impregnado de amor, o si tus palabras sólo brotan del disgusto, de tu falta de atención o de tu yacío. Hablamos todos los días y no dejamos de pronunciar palabras. Pero a menudo éstas son superficiales. Decimos algo sencillamente para que el silencio no nos pese. O nos dirigimos a otro porque queremos algo de él o deseamos transmitirle una información. Hay muchas clases de lenguaje. Lo decisivo es que todas las formas, ya se trate de la informativa, la motivadora, la comunicativa o la narrativa, estén llenas de amor. Tal vez «amor» sea a menudo una palabra demasiado subida. Pero al menos mis palabras deben brotar de mi corazón, y no debo formularlas sólo con la cabeza. Si proceden de mi interior, entonces tienen calor y pueden también dar calor al corazón del otro.

Se podrían aplicar estas palabras también a la actividad del médico o del agente de pastoral. Sin amor, todo trabajo terapéutico o pastoral queda reducido a nada. Así, podríamos traducir la primera frase de este modo: «Ya podría yo explicar exactamente al cliente su enfermedad y mostrarle un camino de curación; si no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o unos platillos que aturden». Los platillos que aturden y el gong de bronce nos recuerdan el ruido de fondo en los cultos paganos. Aplicándolo a la terapia, podríamos decir que, sin la cultura del amor, la terapia se convierte en un culto vacío, que sólo hace ruido, pero no puede curar. Con nuestras teorías psicológicas podemos impresionar al cliente, pero no tocarle el corazón.

En la segunda frase se refiere Pablo a cuatro dones que eran muy estimados en Corinto: el don de predicción, el conocer todos los secretos, el saber y la fuerza de la fe que puede mover montañas. Pablo mismo valora muy positivamente estos cuatro talentos. Pero cuando el amor no es el fundamento, quien practica estos dones no es, a la postre, nada. El don de predicción es para los corintios la capacidad de prever el futuro o de anunciar la voluntad de Dios a los seres humanos y a la sociedad. La dimensión profética es una parte esencial de la realidad cristiana. Es profética aquella persona que valora críticamente desde Dios la situación política y social y, en nombre de Dios, dice palabras que pueden abrir un camino hacia el futuro. Hablar proféticamente significa también decir a otro cosas ocultas sobre él que uno ha conocido. Esto siempre causa impresión. Con todo, se corre el peligro de ejercer poder sobre el otro y manipularlo. Si le digo cosas ocultas que nadie más sabe, él siente angustia ante la posibilidad de que yo pudiera revelar todo lo que hay en él. Y fácilmente se vuelve dócil en relación conmigo.

El conocimiento de los misterios se refiere a los cultos místicos, que entonces estaban de moda no sólo en Corinto, sino en todo el imperio romano. Se trataba de estar iniciado en misterios particulares de un dios y, como consecuencia, sentirse superiores a los demás. Ésta es una tendencia que también se da en nuestros días. Se corre el peligro de usar la espiritualidad y las experiencias espirituales para ponerse por encima de los demás y mirarlos por encima del hombro. En aquel momento, los cultos místicos tenían una gran fuerza de atracción, porque las

personas que sufrían por falta de autoestima o que, por estar sometidas a esclavitud, no eran reconocidas en la sociedad, tenían la posibilidad de considerarse especialmente valiosas. En ello había una oportunidad, pero también un peligro. Porque si me alzo espiritualmente por encima de los demás, tengo que menospreciarlos, para sobrestimarme yo. Esta tendencia al menosprecio la observamos también hoy en los círculos que creen poder tener experiencias místicas especiales que los situarán por encima de todos los demás. Están llenos de curiosidad por tener experiencias espirituales y ser iniciados en los misterios de algún culto especial. Si el deseo de experiencia espiritual no está guiado por el amor, no tiene ningún valor. Sólo sirve para hinchar el ego. Y se convierte en sustituto de la falta de autoestima. Muchas personas emprenden el camino espiritual porque, en el fondo, se sienten sin valor alguno. La experiencia de Dios puede darme un valor profundo. Pero si uso mis experiencias espirituales para suscitar el interés de los demás, esto es únicamente una señal de que, por debajo, sigue permaneciendo oculto el sentimiento de mi propia carencia de valor. De este modo, esta sensación queda sólo encubierta, pero no es transformada. Para Pablo, la experiencia espiritual sólo es valiosa si me introduce en Dios, en su ser, en el misterio del amor, que es el fundamento de todo ser.

El tercer don es el don del saber. La palabra *gnosis* del texto griego original no significa sólo conocimiento, sino también iluminación. En aquel tiempo había un amplio movimiento gnóstico, tanto dentro del cristianismo como fuera de él. Era el deseo de saber más que los demás,

de ser iniciado en los misterios divinos y experimentar la iluminación.

Entre los corintios había muchas personas que estaban fascinadas por la gnosis y cultivaban una gnosis cristiana. En el capítulo 2 de la Primera Carta a los Corintios, Pablo caracteriza a los cristianos como los verdaderos gnósticos. Dios mismo nos ha anunciado en Jesucristo la verdadera y perfecta sabiduría, y nos ha regalado el saber sobre el sentido de nuestra vida. Ahora bien, también la gnosis carece de valor si no tiene amor, porque sólo se hincha. Muestro mi conocimiento para ser objeto de admiración. Pero el verdadero conocimiento nos hace siempre ser humildes.

La fe es para Pablo una realidad decisiva. Somos justificados por la fe, no por las obras. Así lo expuso Pablo en la Carta a los Romanos. Aquí se trata de otra fe: no de la fe en el amor de Jesús en la cruz, que nos da la seguridad de que somos aceptados incondicionalmente, sino de la fe que hace milagros, que piensa que puede todo lo que cree.

También hoy conocemos esta tendencia. Hay libros, sobre todo en Norteamérica, según los cuales sólo es necesario tener suficiente fe para conseguir todo cuanto se desee. Una mujer me regaló un libro que encaja dentro de esta tradición: «Reza y serás rico», se titulaba. Lo tiré, porque éste es, en mi opinión, un camino equivocado. Aquí se usa la fe para satisfacer mis necesidades infantiles o encauzar mis necesidades de poder. Un hombre me contó que lo único que él debía hacer era meter en su inconsciente los objetivos que se había propuesto para su empresa, y entonces los alcanzaría. Pero semejante fe sólo conduce por una senda extraviada. Este hombre fracasó, por-

que había puesto unas expectativas desmesuradas en su fe. No quería renunciar a su fe y, por su tozudez y obstinación, al final tuvo que declararse en quiebra. Aun cuando la fe haga milagros, si falta el amor, no sirve de nada.

No podemos probar el poder de nuestra fe por medio de experiencias o acontecimientos extraordinarios, sino única y exclusivamente a través del amor. El amor da a nuestra vida el sabor de Jesucristo. En el amor, nos hacemos semejantes a la imagen de Jesucristo. En el *Himno al amor*, Pablo no habla del amor de Jesús ni de nuestra salvación por medio de Jesucristo. Pero Cristo está siempre en el trasfondo como prototipo del amor. La *agapé* es, en definitiva, el amor divino que ha brillado para nosotros en Jesucristo.

En el versículo 3 se describen otras dos acciones que no sirven de nada si no hay amor. Por un lado, la donación de todos nuestros bienes y, por otro, la entrega de nuestro cuerpo a las llamas. Son dos actitudes que, en caso contrario, normalmente vinculamos al amor. La primera acción significa sustentar a otro con todos los bienes que poseemos. Literalmente, significa repartir y distribuir en partes todo lo que uno posee para alimentar a los necesitados. Es indudable que dar de comer a los pobres puede ser un don del Espíritu Santo. Pero Pablo cuenta con la posibilidad de que esto se haga también sin amor. Entonces, la acción no tiene ningún valor. Los proyectos de ayuda para el desarrollo de los pobres y necesitados en los países del Tercer Mundo pueden ser expresión de amor. Pero también se pueden llevar a cabo sin amor. Pueden estar motivados por otras razones como, por ejemplo, aparecer en

primer plano, tranquilizar la mala conciencia, suscitar el interés de la opinión pública... Entonces son sólo como un fuego de paja, que se consume rápidamente y no puede dar calor durante mucho tiempo.

No está del todo claro qué quiere decir Pablo con la expresión «dejarse quemar vivo»; no sabemos si se refiere al martirio en la hoguera, a la autoinmolación o a los esclavos que eran marcados con hierro candente. También la filosofía grecorromana conoce la actitud heroica frente a la muerte en la hoguera. Y los filósofos griegos mencionan la autocombustión voluntaria como práctica india y prototipo indio. Es posible que Pablo hablara hoy de los atentados suicidas, que no están motivados por el amor, sino por el odio. Por eso carecen de valor y conducen al desprecio de sí mismo y al menosprecio de la dignidad humana. Parece seguro que Pablo no piensa aún en el martirio cristiano, pues han de pasar unos cuantos años antes de que Nerón ordene que los cristianos sean inmolados en la hoguera. Es probable que piense en un hecho único espectacular, por medio del cual uno se libra de la esforzada práctica del amor en la vida cotidiana. Semejantes acciones que llaman la atención, y que normalmente comprendemos como expresión del amor, no sirven de nada si no se hacen realmente por amor, sino por la necesidad de querer ser algo especial.

«*El amor es comprensivo, el amor es bondadoso*».

Después de los tres primeros versículos describe Pablo el poder del amor. Pero no moraliza. No escribe: «Si amas, tienes que ser comprensivo o bondadoso». Más bien, describe sencillamente lo que es el amor. El amor es por sí mismo comprensivo y bondadoso. Tiene estas cualidades por su propia esencia. Al describir estas propiedades, Pablo nos recuerda las posibilidades y capacidades que están ya en nosotros. Porque el amor está en nosotros. Sólo tenemos que dejarlo actuar. Estamos ante un fascinante himno a la acción del amor, que se nos da en el Espíritu Santo y está en cada uno de nosotros, pero que a menudo ocultamos con otros motivos u otras peculiaridades de nuestra alma. Al leer y meditar estas palabras, hemos de entrar en contacto con el amor que hay en nosotros. El hecho de que estas frases del apóstol nos conmuevan muestra que en nosotros está ya el amor. Porque, de lo contrario, ni siquiera entenderíamos sus palabras. Y por eso debemos confiar en este amor, que puede transformar nuestra vida. El amor da fruto hacia fuera y, de este modo, se convierte en bendición para este mundo. El amor no transforma únicamente mi propio corazón, sino también la convivencia entre las personas. Es como la levadura que actúa en la sociedad, como una luz que ilumina la oscuridad de este mundo.

La palabra *makrothyme* del texto griego original, traducida por «es comprensivo», puede significar: «tener pa-

ciencia». Originariamente significa «ánimo grande, corazón grande». Para san Benito, el corazón grande es el criterio para conocer si una persona es espiritual. Dios sólo puede habitar a través de un corazón grande. Quien tiene un corazón grande puede también amar a las personas que no le resultan simpáticas a primera vista. El corazón grande abre la estrechez y la incomunicación donde se encierra un niño no amado, para no ser herido de nuevo. Pero el corazón grande también sabe esperar. Espera que la angostura se transforme en anchura, y la incomunicación en apertura.

Quien recibe un corazón grande a través del amor no se inquieta continuamente por los demás. Un corazón estrecho y corto de miras gasta demasiada energía en enfadarse con los demás. El corazón grande tiene espacio para las personas con sus cualidades. Está sosegado. Respira profundamente. Quien tiene un corazón grande transmite una grata irradiación, mientras que el corazón estrecho crea estrechez a su alrededor. Cerca de un corazón grande se puede vivir bien, pero el corazón angosto ahuyenta a las personas. Sienten angustia ante la posibilidad de volverse también estrechas. La palabra alemana *eng*, «estrecho, angosto», remite a la *Angst*, «angustia», que produce esa estrechez. La amplitud del corazón refleja la confianza en las personas. Aquí no se plantea ninguna exigencia, sino que lo propio del amor transforma a la persona y le da una buena disposición de ánimo.

Pero continuamente tenemos la experiencia de que el corazón estrecho nos pide la palabra. Pensamos con miras estrechas sobre los demás. Nos irritamos permanentemen-

te por la forma en que visten, hablan o se comportan. Con ocasión de una conferencia, una mujer me preguntó qué debía hacer cuando su corazón estrecho le pedía la palabra. No debemos luchar contra la estrechez porque, si lo hacemos, nos oprimirá aún más.

Se trata más bien de considerar atentamente los pensamientos del corazón angosto y entablar un diálogo con ellos. ¿Por qué pienso de un modo tan estrecho? ¿Frente a qué siento angustia? ¿De qué tengo que protegerme? ¿Qué deseo expulsar de mi corazón porque lo considero demasiado peligroso para mí? Si reconozco humildemente mi estrechez, entonces puedo descubrir también en mí la anchura junto a la angostura. El corazón grande permite que en él tenga cabida también la estrechez. En un corazón grande hay espacio incluso para la estrechura. Pero ésta ya no tiene ningún poder. Si acojo amablemente a mi corazón estrecho, puede hacerse grande. Y entonces siento de pronto, en la inmensidad, el amor que mana en mí.

Si aplicamos el corazón grande a las relaciones sanadoras con médicos, profesores, terapeutas y agentes de pastoral, resulta claro que sólo un corazón grande puede sanar. El corazón grande del agente de pastoral o del terapeuta agranda también el corazón del cliente, que no deja de dar vueltas en torno a sí mismo rígida y angustiadamente, y se ha encerrado por la angustia frente a la posibilidad de ser herido de nuevo o verse atenazado frente al caos interior que podría estallar tan pronto como él se abriera. El cliente puede entonces hablar abiertamente sobre sí mismo. Por el contrario, un corazón estrecho cerrará también el corazón del otro.

El corazón grande tiene también su papel en la relación entre padres e hijos. Los padres con un corazón grande pueden esperar hasta que los hijos encuentran su identidad, hasta que superan las enfermedades de la infancia y llegan a la edad adulta. No se aterran ni sienten pánico si el niño plantea problemas, si no obtiene buenos resultados en la escuela o si se comporta de un modo extraño en las relaciones sociales. El corazón grande no pasa por alto los problemas. Acoge en su interior al niño con sus dificultades y angustias para que allí pueda sanar. El corazón estrecho se hace aún más estrecho y se angustia aún más, debido a los problemas del hijo. No deja que sea él mismo, sino que lo trata como un «caso». Pero de este modo no surge ninguna relación. Y si es excluido del corazón, el niño no puede llegar a estar sano.

En el acompañamiento, me encuentro una y otra vez con personas que me dicen que su madre era una persona angustiada y de corazón estrecho. Todo tenía que hacerse según unos principios rígidos. Las opiniones discrepantes eran demonizadas. Se criticaba a los vecinos que veían las cosas de otra manera o tenían otro estilo de vida. Una vez llegadas a la edad adulta, tales personas siguen sufriendo aún bajo la estrechez de sus progenitores. Y a menudo hace falta mucho tiempo hasta que lentamente van superando la estrechez de los padres, que ellos han interiorizado, y van agrandando su corazón. Para san Benito, el camino espiritual nos adentra en una amplitud cada vez mayor del corazón. Y el corazón grande ya no necesita atender angustiadamente a los mandamientos, sino que recorre, en la alegría del Espíritu Santo, la senda hacia la vida.

El amor es bondadoso. Piensa bien de los demás. La palabra *chresteuetai* del texto griego, traducida por «bondadoso», no se refiere tanto al sentimiento bondadoso como a la atención bondadosa al otro. El amor tiene en sí la tendencia a cuidar del otro. Se muestra hacia fuera, ante los demás, como bueno y bondadoso. Y por eso despierta en el otro lo bueno. Lo trata bien, lo acaricia con manos llenas de amor. El amor confía en que puede mover al otro en su interior, puede hacer que brote el bien que hay en él y ponerlo en contacto con el núcleo bueno que, por debajo de todos los mecanismos de defensa, hay en la persona humana.

Por eso, este amor es siempre optimista. El amor no abandona a nadie. Cree que incluso en la persona que hiera a otra, que está llena de malicia y dureza, habita el deseo de amor, el deseo de ser bondadosa. Y si el amor persevera en esta fe y en esta esperanza, puede hacer que surja el bien en el otro. A menudo se necesita mucho tiempo antes de que una persona que vive encerrada en sí misma entre en contacto con su núcleo bueno. Pero el deseo de bien está en todo ser humano. El amor puede despertar ese deseo.

El amor regala a quien le da cabida en su interior una irradiación bondadosa hacia fuera. De una persona que se deja guiar por el amor brota algo bueno y bondadoso, amable y sincero. Además, transforma a las personas que la rodean. Tiene un efecto sanador en los demás. Por eso, este amor es necesario en la pastoral y en la terapia. Sin esta bondad, el cliente no puede entrar en contacto con su núcleo bueno, y lo que está endurecido en él no se puede

transformar en algo bondadoso. Pero no se trata de recomendar encarecidamente al terapeuta o al agente de pastoral que se comporte bondadosamente con el cliente. Más bien, en el diálogo, debemos acordarnos una y otra vez del amor que hay en nosotros, que es bondadoso y hace posible que prestemos atención al otro con bondad. El amor es la fuente de la que podemos beber. Si nos dejamos conducir por él, entonces de nosotros brota el bien. No es una exigencia, sino una experiencia que podemos tener agradecidos. Las palabras del apóstol quieren ponernos en contacto con la fuente del amor que fluye en nosotros.

«No presume»

«No tiene envidia; el amor no presume ni se engríe».

La expresión *ou zeloi* se ha traducido por «no tiene envidia». Estas palabras griegas pueden significar varias cosas: el amor no es celoso, no es envidioso. «Está libre de la absolutización de las propias opiniones y preferencias, pero también del celo egoísta por los propios intereses y objetivos» (Schrage 296). El amor descansa en sí mismo, no cae en la trampa de sentir envidia ni celos de otros.

Con frecuencia, los celos están ligados a nuestro amor. En cierta ocasión, me escribió una mujer que ama mucho a su marido y sabe que su marido la ama y le es fiel, para hablarme de los celos que la oprimían. Si su marido se

queda más tiempo en la oficina, enseguida se angustia ante la posibilidad de que pueda estar manteniendo una relación con la secretaria o prefiera quedarse con ella antes que regresar a casa. Cuando el marido regresa, ella lo recibe con reproches. Sabe que de este modo no presta ningún servicio a su amor mutuo. Más aún, siente angustia pensando que sus celos pueden destruir ese amor. Pero no encuentra ningún camino para liberarse de ellos.

Ciertamente, aquí no vale decir: «El amor no es celoso». Más bien la mujer debería entablar un diálogo con sus celos. ¿Qué angustia va unida a sus celos? Es la angustia de perder a su marido. Esta angustia tiene sus causas originarias en experiencias tempranas de abandono y en los mensajes que recibió de niña: «No eres digna de amor. Ningún hombre puede aguantar a tu lado. Nunca tendrás un marido que te ame». El diálogo con los celos remite hasta las antiguas heridas. Pero los celos no se superan de este modo. Tengo que presentar mis heridas ante Dios para que su amor fluya sobre ellas y las sane.

Y es preciso hacerse una segunda pregunta: ¿qué deseo esconden los celos? El deseo de ser visto por el otro como una persona única y tener su amor sólo para uno mismo. El deseo me remite a una necesidad insaciable de amor. Si acepto mi necesidad, se puede relativizar. Porque sé que mi marido no puede satisfacer mi deseo infinito con su amor finito. No hago ningún reproche a mi marido por el hecho de que su amor sea limitado, sino que más bien trato de descubrir en mis celos el deseo de un amor que no es quebradizo, en el que puedo abandonarme y que es absoluto.

En definitiva, es el deseo de amor divino. En la interpretación de san Pablo, se trataría de descubrir el amor en uno mismo como un don divino que no puede ser destruido por la limitación de un ser humano. El camino pasaría entonces, a través de los celos, hasta el fundamento del alma, donde mana esta fuente de amor. Los celos me recuerdan una y otra vez que debo entrar en mi interior y sentir, en el fundamento de mi corazón, este amor, que es en mí como un poder que no puede ser destruido por nada, porque es divino.

Cuando Pablo dice que el amor no es celoso, no podemos presentar sus palabras como una exigencia para los cónyuges: «No puedes ser celoso». Porque los celos a menudo no son cosa de nuestro libre albedrío. Conozco a una mujer que de ningún modo quiere ser celosa, porque esto no corresponde a su imagen del amor. Pero cuando su marido, de acuerdo con ella, invitó a una amiga de juventud, ella no pudo soportarlo. Se reprochaba a sí misma el hecho de sentir celos, pero no podía hacer nada por remediarlo. Los celos la sorprendían. Entonces no tiene ningún sentido que su marido le reproche que ella estaba de acuerdo con la visita de su amiga de juventud. Tampoco sirve de nada que ella se eche en cara los celos que siente. Tiene que aceptar con toda humildad que es impotente frente a esta vigorosa pasión. Y puede dejarse guiar hacia su interior por los celos y confiar en que en el fondo de su alma el amor es como un poder que desea actuar en ella. Si entra en contacto con el amor que hay en su corazón, entonces los celos quedarán privados de poder. Los celos se sitúan en el ámbito emocional. El amor habita por de-

bajo del ámbito emocional, en el fundamento más profundo del alma. Los celos no tienen ningún acceso al lugar donde el amor habita en nosotros.

El término griego *perpereuetai* significa «presumir», «jactarse», y se aplica a las personas fanfarronas, jactanciosas o faroleras. Quien está lleno de amor, quien experimenta el amor en su interior como una fuente, no tiene necesidad de elevarse por encima de los demás, de sentirse superior. No tiene que fanfarronear ni presentarse hacia fuera mejor que lo que es. La presunción remite siempre a una persona que no está en contacto consigo misma. Sólo se siente a sí misma cuando aparece bien hacia fuera. Pero no tiene ningún sentimiento interior de sí y su verdadera individualidad. El amor nos pone en contacto con el sí mismo interior. Y de este modo nos regala serenidad y paz interior. Estamos en armonía con nosotros mismos.

La jactancia suele ser expresión de falta de autoestima. Dado que, tal como soy, considero que no tengo valor, debo conseguir ponerme en el centro ante los demás. O tengo que alardear continuamente para que la gente me preste la debida atención. Pero esto es un círculo vicioso. Los demás se apartarán de mí si faroleo permanentemente, porque esto suscita reacciones negativas en ellos. El evangelista Lucas nos narra el relato del publicano Zaqueo, que era de pequeña estatura. Parece manifiesto que sentía un clarísimo complejo de inferioridad. Por eso, como recaudador de impuestos, debía empequeñecer a sus semejantes. Y tenía que reunir la mayor cantidad posible de dinero para impresionarlos. Pero de este modo cayó en un círculo vicioso, pues se sentía cada vez más excluido y

menospreciado por los demás. Jesús se encuentra con él y lo ama, sin plantearle exigencias. La experiencia de sentirse amado incondicionalmente sana a Zaqueo. En este momento ya no necesita alardear de su dinero y puede dar la mitad de sus bienes a los pobres. El amor lo transforma. La experiencia del amor lo libera del impulso de tener que presumir de su posición y su dinero. Quien experimenta el amor queda libre de la jactancia. Y quien siente el amor dentro de sí como la energía que está en el fundamento de su corazón ya no volverá a presumir. Nadie tiene que imponérselo. La jactancia es ajena a su ser, y ya no tiene ninguna necesidad interior de ella.

Hay varones que presumen ante la mujer amada. Pero esto no es bueno a la larga, pues cuanto más nos unimos, tanto más conocemos la verdadera esencia de la otra persona. Y entonces es preciso afrontar la verdad, lo cual suele ser bastante doloroso. Ya no se puede seguir presumiendo. También conozco a maridos que presumen de tener una bella esposa. Tienen una hermosa mujer y presumen de ella en su círculo de conocidos. Pero tampoco una relación como ésta dura mucho, porque llega un momento en que la esposa se rebela, porque no quiere ser objeto de exhibición. Quiere mostrarse como persona, como tú, como interlocutora, y tratar de tú a tú con el varón. Si éste no está dispuesto a mantener esta relación, la mujer se alejará. Quien presume no está en relación consigo mismo ni con los demás. Y si no hay relación, no puede haber amor.

El amor «no se engríe ni se hincha». Hay muchas formas de hincharse. Puedo mirar a los demás por encima del

hombro. Puedo aludir permanentemente a mis méritos y ponerme siempre en el centro de atención. C.G. Jung habla de inflación: la pequeña autoimagen se hincha. Pero de este modo corre permanentemente el peligro de reventar. La inflación no se muestra sólo en una conducta arrogante frente a los demás. Hay formas peligrosas de inflación. Para C.G. Jung es la identificación con una imagen arquetípica; por ejemplo, con la imagen arquetípica del profeta, del sanador, del auxiliador, de la víctima. Si me identifico con una imagen arquetípica, entonces me vuelvo ciego para mis necesidades, que exteriorizo inconscientemente en esa imagen. Por ejemplo, si me identifico con la imagen del profeta –yo soy el único que se atreve a decir la verdad–, entonces no observo cómo impongo a los otros mi necesidad de poder. Y si me siento como un mártir, entonces hago pesar sobre ellos mi conciencia de enviado y mi lado agresivo. En muchos círculos suscito interés si aparezco como un mártir, sometido a los demás, que son demasiado dogmáticos. Con toda mi existencia lanzo inconscientemente a los otros la acusación de estrechez de miras. Y ni siquiera observo cómo los condeno con todo mi ser y cuánta agresión hay en mi papel de mártir.

En las familias y en los grupos hay siempre personas que adoptan el papel de víctimas. Pero de una víctima brota agresividad. Es una agresión pasiva. Hacia fuera, una víctima parece inocente y bondadosa. Pero al lado de una víctima sólo se puede vivir mal. Uno tiene permanentemente mala conciencia si cuida de sí mismo.

La víctima se convierte fácilmente en verdugo. La víctima domina a las personas de su entorno. No las de-

ja respirar libremente. Todos tienen que observar, llenos de agradecimiento, que se sacrifica por ellos. Pero a la larga esto no es bueno. Los demás se rebelan contra la víctima, y entonces se desencadenan conflictos irresolubles, porque a ella le resulta difícil reconocer su agresión inconsciente.

Para los terapeutas y agentes de pastoral el mayor peligro estriba en identificarse con el arquetipo del auxiliador. Cuando, por ejemplo, en un diálogo una mujer me dice que nadie la ama, que nadie la toma en sus brazos, entonces observo cómo se hace presente en mí el arquetipo del auxiliador o del sanador. Podría ayudarla mostrándome cercano. Pero entonces noto que bajo ese arquetipo se está expresando mi propia necesidad de cercanía. Si los agentes de pastoral o los terapeutas abusan del cliente, es sobre porque se identifican con el arquetipo del sanador. Desearían mostrar amor al varón pobre, a la mujer necesitada de amor, y sanarlos de este modo. Pero no se dan cuenta de que exteriorizan su propia necesidad de amor en el otro.

No se trata de rechazar las imágenes arquetípicas. Debemos desempeñar el papel del auxiliador y del sanador. Pero no somos el papel. Seguimos siendo personas. Estas imágenes arquetípicas pueden ponernos en contacto con capacidades que hay en nosotros. Pero si nos identificamos con ellas, nos agotamos y pasamos por alto nuestra condición humana. Quien está lleno de amor puede convertirse en auxiliador o sanador de otros. Pero al mismo tiempo es consciente de que es sólo un ser humano, con defectos y debilidades, con límites y necesidades.

En su humanidad se hace permeable al amor, que puede tener una influencia sanadora sobre el otro, porque no está contaminado por su condición necesitada. Confío en que hay en mí un amor que es mayor que yo y trato de hacerme permeable a él. No presumo de ese amor en modo alguno. No lo utilizo para hinchar mi ego. Doy gracias por ese amor que, a pesar de mi ego, mana en mí. Si soy permeable, mi amor es una energía sanadora para mí y para quien busca mi consejo. Pero si me esfuerzo permanentemente por mostrar empatía o amar al cliente, estoy exigiéndome demasiado. Y mi amor producirá una impresión molesta. Suscitara sentimientos de culpabilidad en el otro. Por el contrario, el amor que fluye a través de nosotros es sanador y liberador y produce dicha. Los dos experimentamos una calidad de vida que nos transforma y nos da un nuevo y agradable sabor. El amor hace siempre bien a ambos: a quien ama y a la persona amada.

Hay todavía otra manera de engrésarse. Conozco a personas que ensalzan tanto su amor que uno tiene la impresión de que de ese modo quieren escapar de la mediocridad de su amor. Su amor —así se lo cuentan a quien quiera escucharlas— es extraordinario, profundamente espiritual, una asombrosa comunión de almas. Pero si pongo mi amor por las nubes, entonces pierde su condición terrena. Y se me escapa entre los dedos. También se puede poner por las nubes a la pareja. Un joven me contaba que había conocido a una amiga que era para él su salvadora. Pronto me quedó muy claro que su relación no podía ir bien. Porque ninguna mujer es la salvadora de un varón, y ningún varón es el salvador de una mujer. La mujer puede ha-

cer bien al varón. Su amor puede sanar algunas de las heridas que hay en él. Pero si identifico a mi amiga o a mi amigo con imágenes arquetípicas como salvador, sanador, redentor, médico, auxiliador..., me incapacito para ver su realidad. Porque no amo a la persona concreta, sino una imagen ideal. Y con una imagen ideal el amor no puede resultar bien.

Otra posibilidad de inflación: una madre tenía dos hijos y decidió acoger a otro en su familia. Sabía que era un niño difícil. Lo comprendió cuando lo visitó en el centro donde se hallaba internado. Pero creía que, con su amor, podría lograr que ese niño llevara «una vida sana». Ésta es una exigencia muy grande. Con una gran entrega personal, intentó amar incondicionalmente al joven a pesar de todas las dificultades. Sin embargo, después de dos años tuvo que constatar que este joven había abusado sexualmente de su hijo de 10 años. Y tuvo que ingresarlo de nuevo en el centro de acogida. Había identificado excesivamente su amor con imágenes arquetípicas, y la consecuencia necesaria había sido el fracaso.

Una mujer sabía ya antes de casarse que su novio tenía problemas con el alcohol. Pero, llevada por el primer entusiasmo del amor, pensaba que ella podría conseguir que «viviera sanamente». Más adelante tuvo que reconocer dolorosamente que no sólo no había podido curar la enfermedad de su marido por medio de su amor, sino también que durante todo el tiempo de convivencia se había engañado a sí misma. El amor no se ensoberbece con grandes imágenes, sino que se dirige a una persona concreta.

«No lleva cuenta del mal»

«No es mal educado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal».

«No es mal educado» es la traducción de la expresión griega *ouk aschemonei*. Esta expresión recuerda la filosofía estoica, que la aplica al comportamiento indecoroso e inconveniente en palabras y obras y a la vulneración de la dignidad humana. Quien experimenta el amor en su interior tiene una fina sensibilidad para el comportamiento discreto, para los buenos modales, para la decencia y para el valor de la convivencia. La palabra alemana *Anstand*, «decencia, decoro», significa que me quedo quieto y dejo que el otro sea como es, en vez de invadir su espacio o acercarme demasiado a él. Hay personas que no tienen ninguna sensibilidad para los límites del otro. No tienen ningún recato. No se quedan quietas en su sitio. No pueden esperar a que el otro se abra y se muestre.

Pablo no tiene que exigir este comportamiento discreto. Más bien, está convencido de que el amor, por sí solo, encuentra el tono correcto de la relación y la manera correcta de encontrarse con el otro y tratar con él. Quien está lleno de amor no necesita llamar la atención por medio de una conducta exagerada que transgrede todas las normas. Por el contrario, palpa lo que hace bien al otro. Atiende a su dignidad. Por sí mismo, el amor hace lo que es recto. De este amor se puede afirmar lo que dijo Agustín: *Ama et fac quod vis* («Ama y haz lo que quieras»). Si nuestra actividad brota del amor, es siempre correcta, adecuada y decente.

La siguiente expresión, *ou zetei ta heautes* («no es egoísta»), induce a muchos exegetas a hablar del desinterés absoluto del amor. En la historia de la teología ha habido intensos debates acerca de si el amor puede ser entendido como *amor benevolentiae* o como *amor concupiscentiae*; si quien ama debe pensar sólo en los demás o también en su propia felicidad. Karl Rahner ha mostrado que se trata de una falsa alternativa. Todo amor está siempre orientado hacia el otro, pero al mismo tiempo experimenta al otro como dicha para uno mismo. Y quien ama se experimenta a sí mismo en el amor al otro de un modo nuevo y beatificante (véase Rahner 116-117). Gracias a la psicología, sabemos que el desinterés absoluto es prácticamente imposible para los seres humanos. En todo lo que hacemos entran también en juego nuestro ego y nuestras necesidades. No obstante, se trata de que percibamos nuestras propias intenciones y nos distanciamos de ellas, o de que nos hagamos permeables al amor, teniendo en cuenta nuestras necesidades egocéntricas.

Toda persona quiere conseguir algo con su amor. Quiere quedar bien o, al menos, quiere sentirse bien y decir: «En esta ocasión he actuado desinteresadamente». Sería fatal excluir totalmente estos pensamientos. En tal caso, se mezclarían sutilmente en mi amor desinteresado. Por el contrario, es más realista tomar conciencia de nuestras necesidades y decir: «Sí, también quiero algo para mí. Pero ahora, en este instante, trato de ser permeable al amor que hay en mí, que no es en modo alguno un mérito mío, sino que Dios me lo regala como don y tarea». Entonces soy humilde para reconocer mi indigencia y, no obstante,

capaz de prescindir de mí y de mis necesidades y de entregarme por entero al otro o a Dios.

Si el amor fluye verdaderamente en mí, entonces, en ese preciso instante, me olvido de mí y de mi necesidad de sentirme mejor. Entonces estoy sencillamente en el amor. Esto es lo que Pablo quiere decir: quien gusta del amor, en ese instante no busca lo suyo. Sin embargo, si planteo una exigencia, entonces trato de que me satisfagan. Sigo corriendo el peligro de que mis necesidades reprimidas se vuelven en mi actividad. En el momento en que empiezo a pensar demasiado en mi amor y mis actos de amor, el ego vuelve a actuar. No puedo empeñarme en olvidarme de mí mismo. De ese modo sólo me haría violencia. Ahora bien, Pablo nos promete: si el amor actúa en mí, si el Espíritu Santo fluye en mí como amor, entonces, al mismo tiempo, soy libre de mí mismo y de pensar en lo que ahora saco de ello. Entonces el amor fluye sin dificultad. Entonces me entrego, me abandono en la entrega sin vanagloriarme de ello. El amor está sencillamente ahí. Y donde el amor fluye, se produce la entrega. Así pues, Pablo nos hace una promesa con estas palabras. Se trata tan sólo de confiar en esta promesa. Entonces tendremos una y otra vez la experiencia de que el amor mana en nosotros y nos entregamos desinteresadamente y olvidándonos de nosotros mismos. Entonces tienen lugar también momentos de felicidad e instantes de profunda experiencia de Dios.

Si comparamos la descripción del amor con nuestras experiencias concretas de amor, a menudo no podemos decir que nuestro amor sea oblativo. Si en nuestra infancia hemos recibido poco amor, entonces durante toda la vida

estaremos necesitados de amor. Amamos a otra persona porque deseamos que ella nos ame. Tenemos hambre y sed de amor. No podemos vivir sin ser amados por otra persona. Esta indigencia nos lleva muchas veces a olvidarnos de nuestra individualidad. Pero este desinterés no es liberador, sino que nos hace caer enfermos. Erich Fromm habla del desinterés neurótico. Hay personas desinteresadas que viven sólo para los demás. Y, sin embargo, se sienten infelices. Con frecuencia, este desinterés neurótico es expresión de una hostilidad hacia la vida. Detrás de la fachada del desinterés se oculta un intenso egocentrismo (véase Fromm 73-74).

He acompañado a una mujer que, a pesar de su gran necesidad de amor, estaba unida a un varón que la hería permanentemente. En el diálogo vio claramente que debía separarse de él. Pero, como sentía angustia ante la posibilidad de no volver a ser amada, mantuvo sin más esa relación lacerante, hasta que cayó enferma. Una mujer que trabajaba en una casa de acogida para mujeres me habló del elevado número de mujeres que eran maltratadas por sus maridos o compañeros y se refugiaban en la casa de acogida. Sin embargo, en cuanto el hombre aparecía de nuevo, se marchaban con él, aun cuando sabían a ciencia cierta que volvería a maltratarlas. Por estar tan necesitadas de amor, olvidan su propia dignidad y se refugian en un amor que, a fin de cuentas, no es amor. Sólo se sienten a sí mismas si otro las desea o les promete amor. Como no pueden estar solas, prefieren convivir, aunque esta convivencia las hiera y sea para ellas una amenaza.

Se trata de saber qué es lo que puede ayudar a estas mujeres. Ciertamente, no les ayudará decirles que su amor tiene que ser desinteresado. Yo les hablaría sobre su necesidad y sobre su deseo de amor. Y les diría: «En tu deseo de amor ya hay amor. Anhelas un hombre para sentirte a ti misma, para satisfacer tu profunda necesidad de amor. Pero te estás haciendo completamente dependiente. Sabes que ese hombre volverá a maltratarte. Siente lo que hay en tu interior. Tú sabes lo que es amor y lo deseas. En el fundamento de tu corazón hay amor. Confía en ese amor. Te pertenece. Imagina que ese amor fluye por todo tu cuerpo, que recorre tu rostro, tus manos, tu pecho, tu estómago. Imagina que hay en ti un amor que te llena de bienestar. No te hiere. Te cuida. Es un amor que no se transforma repentinamente en odio. No es quebradizo como el amor que siempre experimentas. Confía en ese amor que hay en ti».

A una mujer tan necesitada no le resultará fácil confiar en el amor que hay en ella. Pero la única forma de liberarse del amor lacerante consiste en entrar en contacto con el amor que hay en uno mismo. Naturalmente, para que la mujer palpe en sí misma ese amor, necesita que la persona que la acompaña le haga experimentar un amor que la cuida y la acoge sin utilizarla. La necesidad de amor lleva muchas veces a enamorarse de la persona que acompaña. Si ésta también está necesitada, entablará la relación. Y entonces el amor ya no sanará, sino que conducirá de nuevo a una dependencia. La persona que acompaña necesita también la experiencia de un amor que está en ella y que puede dejar fluir, sin tener que recibir algo a cambio. No ama, por tanto, porque necesita amor, sino porque en ella hay amor.

La siguiente expresión del texto griego, *ou paroxynetai*, significa «no se irrita» o «no se deja incitar a la ira». El amor no protesta, ni siquiera cuando se siente utilizado, ofendido o no suficientemente atendido. El amor no reprime la agresión. Pero si estoy en contacto con la fuente del amor, entonces no hay muchas cosas que me incomoden, no me dejo irritar tan fácilmente. Por otro lado, no debemos ver la relación entre amor e ira con ingenuidad. El amor y la agresión van siempre unidos.

Peter Schellenbaum ha descrito en su libro *Das Nein in der Liebe* («El no en el amor») cómo la agresión puede protegernos cuando el amor nos exige demasiado. Quien ama al otro necesita siempre tener también sensibilidad para sus límites personales y para los límites del otro. La agresión regulará la relación entre cercanía y distancia. Un amor sólo puede ser fecundo a largo plazo si encontramos una buena relación entre cercanía y distancia. Si nos aferramos al otro, quedamos interiormente paralizados. Y el exceso de cercanía hace que el amor termine apagándose. Por consiguiente, si la agresión se hace sentir, es un impulso importante para que establezcamos más distancia, de modo que podamos seguir amando al otro. Si nos irritamos, no debemos acusarnos de que amamos demasiado poco. Por el contrario, la ira nos indica que debemos marcar mejor nuestros límites con el fin de proteger duraderamente el amor en nosotros.

Hablamos también del ardor de la ira. Nos quema a nosotros, a la vez que hiere a los demás. La cólera suele ser expresión de un amor rechazado. Esperamos que el otro nos ame. Pero si no nos sentimos amados o si nos senti-

mos heridos en nuestro amor, entonces se agita la cólera. Y ésta puede convertirse en nosotros en un fuego que nos abrasa. En ese momento, todo gira únicamente en torno a la ira y el rencor, que nos dominan por completo. Llenos de furia, maltratamos al otro. Muchos dramas matrimoniales terminan en un arrebato de furia desenfrenada que puede cegar a la persona hasta tal punto que asesine al otro. La cólera puede destruir. Una forma de transformar la ira y de integrar su energía en el amor podría consistir en llegar hasta el fundamento del alma atravesando toda la rabia que sentimos. Por debajo de la ira está el amor, que es lo que realmente deseamos. La cólera debe recordarnos el amor que hay en nosotros y del que, sin embargo, ella desearía separarnos. En el amor puede haber también fuego, pero no un fuego que abrasa, sino que da calor. De una persona que ama decimos que desprende calidez. El amor no carece de pasión. Pero no es una pasión que, como un fuego devorador, me destruye a mí y a quienes me rodean. Todo lo contrario: da calor a las personas. Me pone en contacto con el fuego del Espíritu Santo, que lo enciende todo en mí y me llena del amor de Dios.

Una mujer me cuenta que se irrita con frecuencia cuando su marido, que ya está jubilado, sencillamente es demasiado perezoso a la hora de ayudar en las tareas de la casa o de realizar en ella las reparaciones necesarias. Han hablado ya sobre este tema muchas veces. Pero él se oculta una y otra vez detrás del periódico o de sus «hobbies» y deja sola a su mujer con todo el trabajo. Como ella es muy cristiana, se reprocha continuamente que tiene muy poco amor, «porque el amor no se irrita». Sin embargo, en

vez de acusarse a sí misma, debería transformar la ira en energía para motivar a su marido, o bien debería permitir que la cólera destruyera la falsa imagen que ella se ha hecho de su marido. Él es, sencillamente, un perezoso. Ella tiene que reconciliarse con el hecho de que se ha casado con un hombre poco trabajador. La ira le sirve también para renunciar a la falsa imagen de sí misma –a saber, la autoimagen de mujer siempre amable y pacífica–. Cualquier persona puede encolerizarse. A veces no nos conocemos a nosotros mismos. Sólo si nos reconciamos con nuestra rabia, si, desde la cólera, nos comprendemos a nosotros mismos y a los demás, sólo entonces la ira puede transformarse y se hace fecunda para el amor, pues nos muestra formas con las que podemos proteger nuestro amor de un modo duradero. La cólera nos enseña a marcar bien nuestros límites y a cuidar de nosotros mismos. Quiere hacer que nuestro amor sea más profundo y derramar sobre él la fuerza de la pasión.

Cuando confieso, las mujeres mayores me hablan a veces de las palabras injuriosas que les dirigen sus maridos. A menudo son palabras llenas de odio y desprecio. ¿Cómo puede suceder que un amor termine en semejantes insultos? La experiencia muestra que muchas veces el amor está mezclado con cólera y sentimientos de odio. La ira es expresión del desencanto por la experiencia concreta del amor. Y precisamente en varones y mujeres mayores, la cólera o la amargura con que se encuentran es un signo de que no se han reconciliado con la transformación de su amor. En la ancianidad, el otro ya no es tan deseable. Entonces hace falta otro amor, un amor que preste aten-

ción al otro con sus limitaciones. En vez de reconciliarse con la transformación del amor en la ancianidad, manifiestan su decepción con insultos. La experiencia de tales sentimientos de amargura, rabia y cólera atterra a algunos matrimonios. Sin embargo, en vez de juzgarse, tienen que afrontar la decepción y reconciliarse en ella. Entonces su amor se puede transformar. Y entonces pueden, a través de la decepción, llegar a entrar en contacto con la fuente del amor que hay en ellos.

El amor «no lleva cuenta del mal». No devuelve mal por mal. El amor no es calculador. No lleva cuenta de cómo debería devolver el mal recibido. En todas estas cualidades debemos pensar siempre que el amor es un don de Dios. No podemos simplemente crear este amor en nosotros con la voluntad. El amor está en nosotros porque el Espíritu de Dios está en nosotros. Ésta es la promesa de san Pablo. Nuestra tarea consiste sólo en confiar en ese amor que hay en nosotros y entrar en contacto con la fuente interior del amor.

Albert Görres piensa que el mal surge a menudo por el hecho de que uno lleva cuenta de lo que el otro le ha hecho. Entonces surge un círculo vicioso de ofensas y contraofensas. Lo fatal de esta situación es que a menudo la gente atribuye el mal que ha sufrido en la infancia a personas que no tienen nada que ver con la experiencia del mal. Digamos que saldan las cuentas de su infancia más tarde con deudores equivocados. El mal es «pasar factura continuamente en lugares equivocados» (Görres, *Das Böse* 136). Si tomamos nota del mal que el otro nos ha hecho, el mal no se acaba nunca. El mal siempre engendra

mal. Sólo si rompemos el círculo vicioso y renunciamos a llevar cuentas del mal y anotararlo en nuestro libro, se hace posible la convivencia humana. El amor puede renunciar a la verificación de las cuentas. Al mismo tiempo, esta capacidad del amor implica también una exigencia. Si intentamos dejar de llevar cuentas, el amor crece en nosotros. Esto tiene un efecto recíproco: el amor nos capacita para renunciar a la verificación de las cuentas; y esta renuncia nos pone en contacto con el amor que hay en nosotros y hace que fluya con más fuerza en nuestro interior.

«Goza con la verdad»

«No se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad».

El amor no experimenta ninguna alegría con la injusticia que sufre el otro. El amor no puede hacer nada injusto. En el amor no tienen cabida la intriga ni el *mobbing* en ninguna de sus formas. El amor hace lo que es correcto. Es justo con el otro. Lo trata rectamente. Por otro lado, el amor no se alegra nunca del mal ajeno. No goza si el otro sufre una desgracia o si es herido y tratado injustamente. El amor desea que todos sean tratados con justicia, que puedan vivir rectamente. Tiene sensibilidad para aquello que hace bien al otro. Y tiene una fina antena para captar lo injusto, para percibir las acusaciones e inculpaciones injustas y para descubrir los comportamientos injustos.

El amor goza con la verdad. «Verdad» puede significar aquí justicia o rectitud, como sostienen muchos exegetas basándose en el lenguaje de la Septuaginta. Pero para mí la verdad tiene aquí también otro significado. El concepto griego de verdad, *aletheia*, significa que se retira el velo que cubre la realidad. En el lenguaje de Martin Heidegger, «verdad» significa «desocultamiento del ser». Lo verdadero sale a la luz. La realidad no es falseada a través de mis proyecciones, de mis lentes oscuras o de color de rosa con las que lo observo todo. El amor es una fuente de conocimiento. Me permite ver las cosas tal como son en su esencia. Y se alegra de lo que es.

El concepto hebreo de verdad, *emuna*, nos remite a otro significado de verdad. Verdad significa firmeza, solidez, seguridad, confiabilidad. Esta verdad tiene que mostrarse una y otra vez en una actividad que sea conforme a la verdad. El valor de ésta depende siempre de la seguridad en las relaciones humanas. No hay verdad sin una buena relación con el otro. En esta dirección apunta también la palabra alemana *Wahrheit* («verdad»), que tiene el sentido de «digno de confianza, ser de fiar». Está relacionada con la raíz *Gunst, Freundlichkeit, Gefallen* («favor/gracia; amabilidad/benevolencia; gusto/agrado»). Lo verdadero es aquello que crea confianza. Sólo me dice la verdad quien quiere mostrarme su favor, quien es amable conmigo. Por eso es completamente absurdo cantarle a uno las verdades a la cara. Esto es lo contrario de la verdad. Ésta tiene que ver siempre con una relación buena y amable. Amor y verdad están unidos por su misma esencia. Sólo si amo al otro, puedo descubrir su verdad. Y él

sólo puede soportarla si sabe que yo lo acojo y lo amo con todo lo que hay en él.

El amor no es un sentimiento que nos incapacita para ver la verdad. Es cierto que existe la expresión «el amor es ciego». Si estoy enamorado, doy tantas vueltas en torno a mi sensación de enamoramiento que soy incapaz de ver la realidad del otro. Lo enaltezco y lo glorifico. Únicamente veré en él aquello que me hace bien. El amor auténtico goza con la verdad: con mi verdad y con la verdad del otro. Sólo el amor me capacita para decir al otro la verdad. Y no puedo ver mi propia verdad con una mirada puramente analítica. Necesito una mirada amorosa para afrontar mi propia verdad. La mirada amorosa no valora ni juzga. Deja que la realidad sea como es. La verdad consiste en que la realidad aparece tal como es.

A la luz del pensamiento del filósofo cristiano Gabriel Marcel, este gozo del amor con la verdad recibe un nuevo significado. Basándose en Martin Heidegger, cuya filosofía conoce muy bien y de la que al mismo tiempo se distancia, Gabriel Marcel habla del «ser del ente». El ser es la sustancia, la esencia de las cosas que existen. Y para Marcel, este ser es, en último término, amor. El ser ilumina lo que existe. Es, para Marcel, el origen de todas las cosas que existen y, al mismo tiempo, la fuente de todo pensamiento. Y este ser es para él idéntico al amor. Esto significa para mí que, cuanto más se nos descubre la verdad, cuanto más entramos en contacto con el ser, tanto más palpamos el amor como origen de toda realidad. Si el ser del ente se revela, entonces se puede experimentar como amor. El amor impregna toda la realidad. Cuanto más en-

tramos en contacto con la realidad y su verdad, tanto más se nos descubre el amor. Y viceversa: sólo el amor es capaz de reconocer la auténtica verdad. Para quien ama, el velo que cubre todas las cosas se retira, y resplandece la verdadera realidad: el ser del ente. El amor me conduce a la verdad acerca de mí mismo y a la verdad del otro. Sólo si amo al otro, puedo conocerlo verdaderamente. Sin amor, las lentes con las que veo al otro están veladas. El amor me revela la verdad.

Para indicar la alegría por la verdad se emplea el término griego *synchairei*, que significa «alegrarse con». Esta alegría compartida me remite a lo que sucede en la actividad pastoral o terapéutica o en una conversación lograda entre dos personas. La cumbre de un buen diálogo se alcanza cuando los interlocutores palpan la verdad y se gozan juntos con ella. Si el cliente acepta su verdad, si encuentra valor para mirar de frente su realidad, entonces el terapeuta se alegra con él. Es testigo de un acontecimiento que es mayor que él. No presume de ello como si fuera mérito suyo, sino que siente que, cuando las personas pueden aceptar su verdad, tiene lugar un milagro.

Un terapeuta pensaba que, a veces, los matrimonios que acudían a él buscando orientación ocultaban su verdad interior por medio del amor. No querían reconocer que su relación había terminado. Ciertamente, no es fácil decidir dónde puede el amor reavivar una relación que se ha vuelto vacía y dónde evitamos nosotros afrontar nuestra auténtica verdad y preferimos cubrirla con un parche piadoso, como si el amor pudiera transformarlo todo. También aquí es importante confiar en el amor, pero al mismo tiem-

po, en el amor, afrontar directamente la verdad. El verdadero amor tiene el valor necesario para ello, aun cuando la verdad signifique que la relación ha llegado a su fin. No juzga, sino que descubre la verdad con el fin de que pueda ser salútfera para todos.

«Todo lo soporta»

«*Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta*».

La descripción del amor termina con estas expresivas palabras, con las que Pablo hace hincapié cuatro veces en el técnico *panta* (traducido por «todo» o «todas las cosas»). Wolfgang Schrage, exegeta del Nuevo Testamento, afirma que se trata de frases impresionantes con un único impulso del lenguaje. Desearía comentar detenidamente estas cuatro frases, pero teniendo siempre presente que el término *panta* une las cuatro afirmaciones entre sí.

La expresión griega *panta stegei* se puede traducir de diferentes formas: «Todo lo tolera», o bien: «Todo lo cubre. Todo lo guarda para sí. Todo lo envuelve en silencio». El texto original permite ambas traducciones. Y las dos tienen un sentido. Por eso, algunos exegetas unen ambos significados.

Quien está lleno de amor puede soportar y aguantar muchas cosas sin verse sobrecargado por ello. Tampoco aquí se plantea una exigencia moralizadora de que pasemos por alto nuestros propios sentimientos y necesidades

y soportemos todo cuanto las personas quieran echarnos encima. El amor no es una actitud puramente pasiva que se contenta con todo. Este aguante recordaría la exigencia estoica de sobrellevar todas las penalidades que nos salgan al paso. Pablo está convencido de que los cristianos, en su comportamiento, pueden cumplir las exigencias estoicas. A veces exhorta a dar un buen ejemplo a los demás y a vivir delante de todos lo que exige la filosofía estoica.

Pero aquí se trata de la fuerza del amor. Quien está lleno de amor puede soportar muchas cosas sin quebrarse por ello. Al mismo tiempo, el amor tiene la capacidad de cubrir. Cubre todo lo que no es agradable con el manto del amor. El amor no mete debajo de la alfombra todo aquello que no queremos reconocer. Es más bien como un manto que cubre amorosamente lo que nos resulta molesto, lo que nos exige demasiado, lo que está desnudo y al descubierto en nosotros, lo que nos deja helados. De este modo, el amor priva de poder a lo negativo. Esto vale tanto para lo desagradable en mí mismo como para lo negativo en los demás. Veo lo que hay en mí y en el otro. No lo reprimo ni lo excluyo. Pero al mirarlo con amor, lo cubro. Bajo el manto del amor, lo desagradable y lo hostil se puede transformar. Entonces ya no tiene ningún poder sobre nosotros, sino que se convierte en una parte de nuestro ser. Nos sirve y nos fortalece en nuestro camino.

La palabra griega *stegein* recuerda también los términos «cubierta» y «tejado». El amor es como un techo protector. Impide que en la casa de nuestra vida penetre la humedad o se instalen sentimientos negativos. El amor es como una casa en la que habitamos y en la que podemos sen-

tinarnos bien, porque nos protege de intrusos que quieren arrebatarnos nuestro derecho de propiedad. Quien habita en la casa del amor puede ofrecer también a los demás un techo protector bajo el cual saben que están seguros y tienen una patria.

La Biblia nos habla del manto con el que el amor cubre la desnudez de una persona. Noé plantó una viña. Bebió del vino, se embriagó y quedó desnudo en medio de su tienda. Cam, su hijo, vio la desnudez de su padre y avisó a sus hermanos. Dio a conocer la desnudez del padre y la juzgó. Sin embargo, los otros dos hijos tomaron una capa: «Entonces Sem y Jafet tomaron el manto, se lo echaron al hombro los dos y, andando hacia atrás, vueltas las caras, cubrieron la desnudez de su padre, sin verla» (Génesis 9,23). Cubrieron la desnudez del padre con amor. Cuando Noé despertó de su embriaguez y supo lo que le había hecho su hijo Cam, lo maldijo.

Quien divulga los errores de otro, a la postre se hace daño también a sí mismo. Quien cubre con amor los errores del otro, no cierra los ojos a la verdad, pero la cubre, para que las personas sin amor no puedan juzgar la verdad del otro. El hecho de que el amor tenga esta capacidad de cubrir significa que no juzga, sino que, por el contrario, confía en el otro, confía en que pueda, bajo la protección del amor, madurar y enmendar sus errores.

Los primeros monjes lo vieron de un modo semejante. Se contaba del patriarca Macario el Grande «que era, como se dice en la Escritura, un dios en la tierra (Salmo 82,6); pues, del mismo modo que Dios cubre el mundo para protegerlo, así también el patriarca Macario cubría las

debilidades que veía como si no las viera, y lo que oía como si no lo oyera» (Apotegma 485). Macario cubre los errores y debilidades del prójimo con el manto de su amor, no para reprimirlos, sino para sanar con el amor de Dios las heridas causadas por ellos.

«Todo lo cree»; en el texto griego: *panta pisteuei*. El amor cree en el otro. Tiene confianza en él. Nunca lo da por perdido. Cree en el núcleo bueno del otro. No hace caso omiso del mal y de lo que está endurecido en el otro. Pero su mirada penetra a través de ello hasta el núcleo divino, hasta el deseo más íntimo de bien. En todo ser humano hay un deseo de ser bueno. Y el núcleo más íntimo de toda persona está intacto y es bueno. Los teólogos evangélicos suelen defenderse contra esta interpretación. Pero Pablo habla del Espíritu que habita en nosotros. Y donde el Espíritu habita en nosotros, allí somos sanos y santos, allí somos buenos. El amor es un don del Espíritu Santo. Pablo puede identificar el amor incluso con el Espíritu Santo. Por eso podemos creer que el Espíritu Santo obra en todo ser humano. Y donde está el Espíritu de Dios, el ser humano está libre de toda forma de esclavitud del mal, está en contacto con el núcleo bueno y divino que hay en él, con la imagen originaria e intacta que Dios se ha hecho de él. El amor cree totalmente en el otro, porque sabe que Dios tiene preparadas muchas posibilidades para esa persona.

La frase «el amor todo lo cree» es para mí una exhortación a no dar por perdida a ninguna persona. Siempre que experimento una decepción, me agarro firmemente a esta frase. La decepción es también una realidad. No ha-

bía imaginado que esa persona podría herirme así, que podría abusar de mi confianza de ese modo. Pero no me quedo paralizado en la decepción. A pesar de todas las apariencias, trato de creer que en el otro hay un deseo de ser bueno. Y reflexiono acerca de cómo puedo entrar en contacto con su deseo de bien.

Esta frase tiene también un significado decisivo para todos los agentes de pastoral y terapeutas. A veces tenemos la impresión de que un varón o una mujer han sido tan heridos desde su más tierna infancia que no es posible una salvación o mejora. Si confío en el amor que hay en mí, entonces no renuncio a creer en el otro. Entonces trato de meditar desde el interior del otro. A través de su piel endurecida trato de descubrir en él al niño interior herido, pero también al niño divino, e intento despertarlo amorosamente. Confío en el hecho de que en el otro, a pesar de todas las heridas y de toda la fragilidad, hay un núcleo bueno e íntegro. Con los ojos del amor y de la fe trato de descubrir ese núcleo. Si creo en él, hago posible que también el otro crea en sí mismo y no se dé por perdido. Mi fe es para el otro un espacio donde también puede crecer su fe en sí mismo y en el bien.

«Todo lo espera»; en el texto griego: *panta elpizei*. La palabra alemana *Hoffnung* (esperanza) viene de *hüpfen* («saltar, brincar») y expresa una vitalidad interior. Quien espera está lleno de vida. Esperar no es lo mismo que tener una expectativa. El filósofo francés Gabriel Marcel ha escrito un libro sobre la «filosofía de la esperanza», en el que afirma que la esperanza no consiste en tener una determinada expectativa. La esperanza acontece siempre en

una relación de amor. Siempre espero en ti y para ti. La esperanza es también expresión de un amor que nunca da por perdido al otro. Puedo esperar hasta que el núcleo bueno del otro se desarrolle, hasta que la vida que Dios le ha regalado florezca en él.

A propósito de esta esperanza dice Pablo: «Una esperanza que se ve no es esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? Pero si esperamos lo que no vemos, aguardamos con paciencia» (Romanos 8,24-25). La esperanza hace que se manifieste lo que aún no vemos en el otro. Esperamos que todo ser humano pueda llegar a ser íntegro, que en algún momento confíe en su deseo de bien, de una vida lograda, y se ponga en camino hacia la transformación. Pero con mucha frecuencia no vemos nada de esto. Vemos sólo a esta persona enferma, encerrada en sí misma, amargada. Pero la esperanza apuesta por lo que todavía no vemos. Lo sano e intacto en el otro suele ser invisible. Sin embargo, porque esperamos, hacemos posible que la persona que está cautiva y encerrada en sí misma pueda volver a amar. Porque esperamos que renuncie a su fachada dura y confíe en la vida que hay en ella.

Ahora bien, la esperanza no se refiere sólo al otro, sino también a nosotros mismos. Conozco a muchas personas que han seguido una terapia durante mucho tiempo, que han recorrido un intenso camino espiritual y tienen la sensación de que no les ha servido de nada, de que no han avanzado nada. Siguen cometiendo los mismos errores que les hacen sufrir. Siguen siendo tan susceptibles y desequilibradas como antes. Si el amor está en mí, entonces nunca renuncio a la esperanza, nunca me doy por desahu-

ciado. Espero en aquello que hay en mí pero que todavía no veo, en el núcleo bueno, en las posibilidades que Dios me ha regalado. Si sufro por mis heridas, entonces espero que mis heridas se transformen en perlas y que, avanzando por mi camino interior, me configure interiormente con la imagen única que Dios ha pensado para mí.

Bernhard Welte ha puesto de relieve, en su análisis del amor, la íntima vinculación de éste con la esperanza. El amor no inmoviliza al otro en aquello que percibimos exteriormente de él. Se abre paso a través del caparazón y de la actitud reservada del otro y descubre «por debajo de toda la maleza de la vida desorientada, el tú... con sus vacilantes e inquietantes pero hermosas esperanzas, y con las buenas posibilidades que hay en ellas» (Welte 39). El amor «se atreve a esperar valientemente con el que espera en lo escondido, también contra toda esperanza. E incluso a través de ella reaviva la vacilante esperanza» (Welte 39-40). Así pues, la filosofía confirma la afirmación de san Pablo según la cual el amor todo lo espera. El amor puede esperar hasta que en el otro se desarrollan las posibilidades que están ya presentes en él.

Dorothee Sölle ha puesto de relieve, en su reflexión sobre la concepción del amor en Bertold Brecht y Max Frisch, la esencia del amor cristiano. Para Max Frisch, amor significa no hacerse ninguna imagen del otro. Con ello expresa Frisch algo esencial sobre el amor. Ahora bien, el no hacerse ninguna imagen puede conducir también fácilmente a la resignación. Dejo al otro como es. Bertold Brecht recuerda otra visión del amor en este breve texto: «“¿Qué hace usted cuando ama a una persona?”.

“Hago un esbozo de ella”, dijo el señor K., “y procuro que se le parezca”. “¿Quién? ¿El esbozo?”. “No”, dijo el señor K., “la persona”» (citado en Sölle 30). Parece que aquí la persona que ama inmoviliza al otro en su esbozo. Dorothee Sölle piensa que la tensión entre estos dos textos sólo puede llegar a ser fecunda a través de la fe y la esperanza:

«El amor traza un esbozo del otro que no sería pensable sin esperanza; pero después prescinde del esbozo. El amor no absolutiza el pasado, como hacen los creadores de imágenes, ni el futuro previsible, como hacen quienes elaboran esbozos perfectos. Es preciso amar esperando y creyendo que mi esbozo no es todo, que un fracaso no es todavía el final de las posibilidades del amor» (Sölle 36).

Sölle está convencida de que la fe y la esperanza custodian el amor. Protegen al amor frente al encasillamiento de alguien en una imagen o en un esbozo, y lo guardan para no dejar resignadamente al otro tal como es. Sin fe y sin esperanza no hay amor verdadero.

El amor que espera es la condición para toda forma de educación, acompañamiento o terapia. Los padres no pueden educar a los hijos si no esperan en lo que todavía no ven. El amor espera que se desarrolle la vida que muchas veces permanece todavía oculta en el niño. Los agentes de pastoral y los terapeutas no deben renunciar a la esperanza. Si esperan en lo que hay en el otro, entonces pueden aguardar. Es una espera activa y, al mismo tiempo, paciente, caracterizada por la esperanza: el otro llegará a es-

tar sano. Avanzará en su camino interior y exterior. Aquí vale también lo que dijo Gabriel Marcel a propósito de la esperanza: en la terapia no esperamos en un resultado cualquiera, sino que esperamos por el cliente y esperamos en él. El amor que fluye de la fe y de la esperanza no abandona al cliente, sino que trata de hacer que se manifieste el bien que hay en él, muchas veces contra la apariencia de actitud reservada y contra toda esperanza.

Panta hypomenai: «Todo lo soporta». La expresión griega puede significar diferentes cosas. En relación con Dios, *hypomenein* significa esperar en Dios, aguardar en él. Se aproxima, por tanto, a la esperanza. Llenos de amor, los cristianos deben esperar en Dios y, en medio de las tribulaciones de este mundo, no fijarse en las aflicciones, sino mirar a Dios y esperar en él.

En relación con la experiencia en el mundo, *hypomenein* significa «permanecer firme, resistir, aguantar». Los griegos piensan en los soldados que hacen frente al ataque enemigo, que no huyen de él, sino que permanecen en sus puestos. El sustantivo *hypomone* se suele traducir por «paciencia». Pero la palabra «paciencia» sugiere más bien un comportamiento pasivo. Ahora bien, la *hypomone* es activa; significa hacer frente, aguantar, soportar, permanecer firme. Es una virtud viril, cuya imagen es la resistencia varonil contra el poder enemigo.

Tanto los romanos como los griegos apreciaron esta paciencia varonil. Para el político y filósofo Cicerón consiste en cargar con las misiones más importantes y los sufrimientos más intensos para salvar a todos los pueblos (véase Spanneut 243). Los padres de la Iglesia elogian la

virtud de la paciencia. La asunción paciente del sufrimiento por parte de los primeros cristianos convirtió a la fe al pueblo romano. El amor no huye corriendo de las dificultades. Las soporta y las aguanta porque tiene la mirada fija en Dios y espera en su salvación.

Cuando Pablo dice que el amor todo lo soporta, no puedo deducir de ello la exigencia de que los cónyuges aguanten todas las dificultades, o de que quien ama tenga que sufrir todos los golpes del cónyuge y padecer todo el sufrimiento que experimenta en el matrimonio. Ésta sería una actitud pasiva. Pablo quiere decir otra cosa: quien siente en sí mismo el amor es capaz de sobrellevar los conflictos. Tiene capacidad de aguante. El amor es una fuerza que nos capacita para hacer frente a los ataques y los comportamientos agresivos de otras personas. No nos deja retroceder.

No se trata de soportarlo todo y no defenderse si, por ejemplo, el cónyuge me hiere con frecuencia y profundamente. Esto sería resignación y terminaría convirtiéndose en masoquismo. La actitud de resistencia significa más bien que mi amor no me deja rendirme. Permanezco firme. Resisto con mi amor. Espero que el amor sea más fuerte que las energías agresivas que siento en el otro en este momento. Pero al mismo tiempo he de aceptar con toda humildad que no puedo hacer frente a todo.

El amor no pretende que nos rompamos. Tampoco nos plantea exigencias excesivas. Sin embargo, si al llevar las cargas que nos imponen estamos en contacto con el amor que hay en nosotros, percibimos que esas cargas no nos aplastan.

El ataque no puede entrar en el espacio interior donde el amor habita en nosotros. Allí donde está el amor, podemos mantenernos en nosotros mismos sin dejarnos dominar por el otro. Aunque el otro me injurie, no dejo que me arrebaté mi amor. Permanezco firme en él. El amor me da capacidad de aguante. Es como una roca en la que puedo permanecer en pie con seguridad.

«El amor no pasa nunca»

«El amor no pasa nunca. ¿El don de profecía? Se acabará. ¿El don de lenguas? Enmudecerá. ¿El saber? Se acabará.»

Porque inmaduro es nuestro saber e inmadura nuestra profecía.

Pero cuando venga la madurez, lo inmaduro se acabará.

Cuando yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño. Cuando me hice un hombre, acabé con las cosas de niño.

Ahora vemos como en un espejo de adivinar; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es por ahora inmaduro; entonces podré conocer como Dios me conoce.»

El término griego *piptein* («pasar») puede significar también «caer». Si se opta por este último significado, este versículo pertenecería al grupo de las afirmaciones anteriores sobre el amor, que todo lo soporta y no se derrumba bajo el peso de la carga. Sin embargo, muchos exege-

tas traducen *piptein* por «pasar». Relacionan esta afirmación con la frase siguiente, donde Pablo muestra que sólo el amor permanece, mientras que los dos dones que son tan importantes para los corintios –conocimiento y don de profecía– no sólo pasan, sino que son anulados.

Pablo retoma las consideraciones que ha hecho sobre el amor en las frases condicionales introductorias, en las que ha expuesto que el saber y el don de predicción no son nada sin amor. Ahora hace hincapié en que únicamente el amor permanece. El amor no es sólo carisma, no es sólo don de la gracia de Dios, sino «manifestación de lo eterno en el tiempo» (Conzelmann 266), mientras que el saber y el don de profecía son «manifestación del Espíritu en la forma de lo provisional» (Conzelmann 266). Los dones de la gracia se nos regalan únicamente como consuelo para el tiempo de la espera en la venida de Jesús. Así se lo ha expuesto Pablo a los corintios ya en la introducción de su Carta: «En la medida en que se ha consolidado entre vosotros el testimonio de Cristo, así, ya no os falta ningún don de gracia a los que esperáis la Revelación de nuestro Señor Jesucristo» (1 Corintios 1,6-7).

Pablo describe la oposición entre el amor y los otros dos carismas con otra imagen: el saber y el don de profecía son «inmaduros»; el amor, por el contrario, es madurez. El saber y el don de profecía revelan sólo un aspecto de Dios. El amor, sin embargo, nos introduce en el mismo Dios. Los corintios se sienten orgullosos de sus experiencias límite extáticas en el don de lenguas y en el don de profecía. Aunque estas experiencias extáticas nos remiten a Dios, no nos hacen partícipes de Dios. Esto sólo puede

hacerlo el amor, que se ha de acreditar precisamente en la trivialidad y la banalidad de nuestra vida diaria.

Si en medio de nuestra existencia cotidiana vivimos del amor que Dios nos regala, participamos de Dios. Y este ser partícipes de Dios llegará a su perfección cuando Cristo se revele en su gloria. Porque «Dios es amor», como afirma la Primera Carta de Juan (1 Juan 4,16). El amor permanecerá también cuando lleguemos a la perfección en Dios. No es sólo un don de Dios que se nos da aquí en el camino de nuestra vida terrena como ayuda, para que el mundo llegue a plenitud. Es más bien Dios mismo. Y Dios no pasa nunca. Él nos consume en la muerte de un modo que hasta ese momento no era posible. Nos regala la unidad consigo mismo y en esta unidad nos concede la perfección del amor. El amor se consume en la muerte. Y sobrevive a la muerte. Es más fuerte que ella. En la muerte será perfecto. Y toda la inmadurez y la fragilidad de nuestra existencia humana pasarán para que Dios nos lleve a la madurez en su amor.

En relación con esto, Pablo contrapone diferentes fases de la vida –el tiempo de la infancia y el tiempo de la edad adulta–: cuando él era niño, pensaba y hablaba como un niño. Cuando se hizo un hombre, dejó todas las cosas de niño. Esta contraposición de la infancia, por un lado, y el ser humano adulto, por otro, era muy querida en la antigüedad. Pablo asocia lo «inmaduro» con la fase de la infancia. Con ello quiere decir que todo lo que consideramos importante aquí sobre la tierra, y de lo que nos vanagloriamos, es infantil comparado con la consumación, que tendrá lugar cuando ya no veamos a Dios como en un es-

pejo, sino cara a cara. La imagen del espejo era estimada por los griegos. Para los filósofos griegos, desde Platón hasta Plutarco, el espejo es una imagen de que sólo podemos ver a Dios indirectamente. La misma creación es el espejo donde vemos la belleza de Dios. Pablo une dos imágenes: la imagen del espejo y la del enigma.

El enigma remite a la teología judía. En el libro de los Números se dice que Dios habla con los seres humanos en visiones y sueños. Únicamente con Moisés habló cara a cara (véase Números 12,6-8). Pablo aplica esto a nuestra vida. Dios nos habla aquí en sueños y sólo enigmáticamente. Cuando seamos consumados en la manifestación de Jesucristo, veremos a Dios cara a cara, como Moisés. En esta visión directa de Dios, el amor llega a plenitud. En ella, el amor no es sólo un poder que da a nuestra vida ya ahora otro sabor. En la muerte, el amor se transforma también en conocimiento pleno de Dios. En ella conocer y amar ya no se contraponen, sino que se identifican. Al ver a Dios, nos haremos uno con él. Conoceremos que Dios es amor. En el conocimiento se consuma nuestro amor. Nos identificamos con el Dios que es amor.

«La fe, la esperanza, el amor...

La más grande es el amor»

«En una palabra: quedan la fe, la esperanza, el amor: estas tres. La más grande es el amor».

La fe, la esperanza y el amor se convirtieron, a lo largo de la historia, en las virtudes cristianas teológicas, a diferencia de las cuatro virtudes cardinales, expuestas por Platón, que también fueron asumidas por la teología cristiana: justicia, fortaleza, templanza y prudencia. Las tres virtudes espirituales están íntimamente unidas. No hay amor sin fe. Debo creer en lo bueno que hay en el otro para poder portarme bien con él. Sin la fe, el amor sería una exigencia excesiva. Y no hay amor sin esperanza. El amor es siempre también esperanza. El mismo Pablo ha mencionado esta tríada de fe, esperanza y amor también en otros pasajes, concretamente en la Primera Carta a los Tesalonicenses: «Tenemos presente ante nuestro Dios y Padre el obrar de vuestra fe, el trabajo difícil de vuestro amor y la tenacidad de vuestra esperanza en Jesucristo nuestro Señor» (1 Tesalonicenses 1,3). Y un poco más adelante habla de «la coraza de la fe y del amor», con la cual debemos revestirnos, y del «yelmo de la esperanza de salvación» (1 Tesalonicenses 5,8). Fe, esperanza y amor están íntimamente unidos. Describen la esencia de la existencia cristiana.

Los padres de la Iglesia han reflexionado una y otra vez sobre este versículo. Para ellos constituía sobre todo un problema saber hasta qué punto la fe y la esperanza permanecen una vez llegado el momento de la consuma-

ción. Pues, según Pablo, la esperanza es reemplazada por el cumplimiento (véase Romanos 8,24), y la fe por la visión (véase 2 Corintios 5,7). Clemente de Alejandría piensa que, al entrar en la visión de Dios, cesan la fe y la esperanza y sólo permanece el amor, en el que nos hacemos uno con Dios. Agustín, en cambio, resuelve esta tensión entre el amor, que permanece siempre, y la fe y la esperanza, que, según la opinión de la mayoría de los padres de la Iglesia, pasan cuando se produce la visión de Dios, de tal modo que la fe y la esperanza quedan incluidas en el amor. El amor sostiene y consume en él la fe y la esperanza. Hans-Josef Klauck responde a esta pregunta sobre la relación entre fe, esperanza y amor de este modo:

«Sólo el amor permanece a lo largo de todos los tiempos sin ningún cambio, porque sólo él puede decirse del mismo Dios. El amor es la definición permanente de la relación esencial entre Dios, Cristo, el Pneuma y los seres humanos, ahora y para toda la eternidad (véase 1 Juan 4,16)» (Klauck 98).

Cualquiera que sea la respuesta que se dé a esta cuestión teológica, lo decisivo es para mí el hecho de que el amor es para Pablo lo más grande, que, a la postre, lleva a cumplimiento también la fe y la esperanza. Ahora, en este tiempo, las tres virtudes están unidas: fe, esperanza y amor. En la muerte, las tres serán una en el amor, que nos une para siempre con Dios, el fundamento originario de todo amor, que es por esencia amor. Entonces todo será amor, y nosotros seremos en el amor.

He tratado de esclarecer y traducir a nuestra vida las afirmaciones más importantes de este maravilloso himno. No obstante, en toda interpretación hemos de reconocer siempre que el texto sigue resultándonos extraño. El texto guarda su misterio para sí. No se deja desvelar por completo. Pero precisamente el misterio de estas palabras nos anima a seguir reflexionando una y otra vez sobre ellas y a sumergirnos en sus profundidades. Nunca se termina de meditar este pasaje. En definitiva, es Dios mismo quien nos habla en las palabras que Pablo escribió a la comunidad de Corinto. El apóstol redactó estos versículos en diálogo con la filosofía griega y la teología judía; pero, al mismo tiempo, el texto es fruto de su propia experiencia del amor de Dios. No son palabras dichas a la ligera, sino vertidas de una forma maravillosa. Y pretenden que las meditemos una y otra vez y las interpretemos teniendo en cuenta nuestras experiencias concretas con el amor. Entonces, estas palabras nos abren al amor que nos sale al encuentro en la vida. Y las experiencias de amor que tenemos nos revelan el sentido de las palabras.

A continuación desearía iluminar el capítulo 13 de la Primera Carta los Corintios también desde otras perspectivas. Empiezo con el Cantar de los Cantares, un regalo del Antiguo Testamento, y después dirijo la mirada también a la filosofía, la psicología y las experiencias de orientación matrimonial, que pueden arrojar luz sobre el *Himno al amor*.

El «Cantar de los Cantares» en el Antiguo Testamento

MIENTRAS que Pablo elogia la *agapé*, el amor regalado por Dios a los seres humanos, como don de su gracia, los distintos cantos del *Cantar de los Cantares* del Antiguo Testamento apuntan inequívocamente al amor entre el varón y la mujer, y no sólo al amor entre el novio y la novia, sino también al amor entre un amigo y una amiga. El Cantar es una colección de magníficos cantos de amor. Son poemas excelentes. En ellos se encuentran cantos llenos de gracia en los que el novio anima a la novia a seguirlo. Y canciones en las que el amigo elogia la belleza de la amiga, o ésta describe el cuerpo hermoso y lleno de fuerza de aquél. Hay diálogos y cantares llenos de promesas y deseos. En todos estos versos se expresa que el amor erótico y sexual entre varón y mujer tiene una fuerza inmensa y es, al mismo tiempo, un don maravilloso que Dios ha regalado al ser humano y que éste puede disfrutar de lleno. El amor entre varón y mujer tiene sentido en sí

mismo. Y llena a los amantes de deseo y felicidad. Estos poemas están libres de valoraciones morales y, claro está, de una moralización recelosa de la sexualidad. En ellos, el amor y la sexualidad están íntimamente unidos. La alegría por la sexualidad es, a la vez, expresión del amor que fascina al varón y a la mujer.

Cuando oímos estas admirables composiciones poéticas, se despierta en nosotros el deseo de amor. Sentimos el amor en nosotros mismos cuando la novia dice: «No despertéis ni desveléis a mi amor hasta que quiera» (Cantar 2,7). O cuando el novio dice: «Levántate, amor mío, hermosa mía, y ven. Mira, ha pasado el invierno, las lluvias cesaron, se han ido. La tierra se cubre de flores, llega la estación de las canciones» (Cantar 2,10-12). Los enamorados pueden también hoy hacer tuyas estas palabras y expresar su amor con ellas. Es difícil que un hombre pueda describir el amor a su mujer de un modo más hermoso que con estas palabras:

*«Me has robado el corazón,
hermana y novia mía,
me has robado el corazón
con una sola mirada,
con una vuelta de tu collar.
¡Qué hermosos son tus amores,
hermana y novia mía!
¡Qué sabrosos tus amores!
¡Son mejores que el vino!
¡La fragancia de tus perfumes
supera a todos los aromas!»*

(Cantar 4,9-10).

Y no es fácil que la novia pueda encontrar palabras para expresar su amor más adecuadas que éstas: «Estoy enferma de amor» (Cantar 5,8). O bien: «Yo soy para mi amado, objeto de su deseo. ¡Oh, ven, amado mío, salgamos al campo, pasemos la noche en las aldeas!» (Cantar 7,11-12). ¿Puede una mujer encontrar palabras más hermosas para su amor que el canto de deseo de la muchacha del Cantar?

*«Ponme como sello en tu corazón,
como un sello en tu brazo.
Que es fuerte el amor como la Muerte,
implacable como el Seol la pasión.
Saetas de fuego, sus saetas,
una llamarada de Yahvé.
No pueden los torrentes apagar el amor,
ni los ríos anegarlo.
Si alguien ofreciera
su patrimonio a cambio de amor,
quedaría cubierto de baldón»*

(Cantar 8,6-7).

Cuando le propuse a un párroco evangélico que meditara acerca de su matrimonio a la luz de los cantos de amor del Cantar, cayó en la cuenta de que nunca en su vida había aplicado estos cantos al amor que sentía hacia su esposa. La meditación le hizo bien. Le expresó la profundidad de su propia experiencia de amor con palabras más hermosas que las que él hubiera podido encontrar por sí solo. Algunos enamorados retoman estas palabras para de-

clarar con ellas su amor. Y a menudo se sienten extasiados por estas imágenes maravillosamente tiernas con que la Biblia describe el amor entre el varón y la mujer.

Los cantos no elogian el amor únicamente de un modo entusiasta. Hablan también de los peligros del amor. Son realistas. Conocen las amenazas contra el amor entre amigo y amiga, entre hombre y mujer. En un lugar se dice: «Cazadnos las raposas, las pequeñas raposas que devastan las viñas, nuestras viñas en flor» (Cantar 2,15). En Egipto, las raposas son imagen de los amantes egoístas, de los mujeriegos. El amor debe ser protegido del peligro que ellos representan. Pero las pequeñas raposas, que devastan las viñas y socavan los muros de la viña, son también un símbolo de los celos, del sentirse dolido y del deseo de dominio, que ponen en peligro el amor. Cada vez que no se perciben las decepciones o las heridas, sino que uno se las traga, se convierten en raposas que dañan la viña del amor. Son pequeñas raposas. Al principio, uno casi no las advierte. Pero si los amantes no están atentos, si no hablan de sus sentimientos, entonces la viña del amor no tarda en quedar desolada. Los muros se derrumban. Todo en su amor ha sido devastado por pequeñas raposas.

Otra imagen de la amenaza contra el amor son los pastores arrogantes que responden a las preguntas que la muchacha enamorada hace sobre su amado (véase Cantar 1,7). Para Lorenz Wachinger, estos pastores altivos son una imagen de la amenaza que suponen para el amor «la envidia, la rivalidad y la alegría por el mal ajeno en terceras personas» (Wachinger, *Ehe* 164). Los amantes deben vigilar sobre su amor. De lo contrario, otros se entrometen

y los separan. Un conocido dice algo negativo sobre la amiga o la esposa. Aunque me defienda de ello, esas palabras me corroen. Y de pronto veo a la amiga desde la perspectiva negativa del otro. Las palabras de terceras personas pueden destruir el amor.

Hay que mencionar otra necesidad del amor: los sentimientos del novio y de la novia no son siempre idénticos, sino que con frecuencia se encuentran en fases distintas. La novia abre la puerta a su amado. De buen grado, ella desea que él entre:

*«Abrí yo misma a mi amado,
pero mi amado se había marchado.
El alma se me fue con su huida.
Lo busqué y no lo hallé,
lo llamé y no respondió.
Me hallaron los centinelas,
los que rondan la ciudad.
Me golpearon, me hirieron,
me despojaron del chal
los guardias de las murallas»*

(Cantar 5,6-7).

Precisamente cuando la mujer necesita el amor del varón, él no está allí. Cuando lo requiere, él está interiormente ausente. Cuando quiere hablar con él, a él no le apetece, porque todavía está ocupado con su trabajo. Y cuando ella lo busca, se topa con los centinelas de la ciudad. El texto citado se refiere a los guardias que recorren de noche la ciudad para velar por la tranquilidad y el orden. Tratan

con brutalidad a la amiga enferma de amor. Aplicado a nuestra vida, los centinelas pueden ser una imagen de las normas interiores que obstaculizan una y otra vez nuestro camino cuando nos entregamos al amor. Entonces reclaman nuestra atención las normas de los progenitores, que no están de acuerdo con nuestro anhelo. No sabemos si nuestro amor está o no está bien, si podemos entregarnos a él o si debemos limitarlo por las normas que se manifiestan en nuestro interior. Con frecuencia, estas normas interiorizadas son insensibles. No tienen en cuenta nuestro deseo de amor, sino que nos encasillan en un sistema que obstaculiza nuestro amor.

Los poemas de amor no son únicamente descripciones del amor entre varón y mujer. Son imágenes completas. El *Cantar* toma esas imágenes de los cantos de amor de Egipto, Siria, Mesopotamia y Palestina. En ellos se aplican a la descripción de la novia los atributos de las diosas del amor de Oriente Próximo. Cuando se describe su cuello como una torre, con ello no se indica sólo la forma exterior del cuello. Más bien se quiere expresar la invencibilidad de la novia. O cuando se describe como un jardín cerrado, como fuente sellada, se alude a la inaccesibilidad de la mujer. Por un lado, se expresa un misterio entre el varón y la mujer: que el varón no puede, sin más, conquistar a la mujer, sino que debe acercarse delicadamente. Por otro lado, la mujer recibe aquí atributos casi divinos. Es descrita como una diosa del amor.

Este lenguaje metafórico, inherente a los cantos, llevó ya a los judíos a interpretar este texto metafóricamente y, en concreto, como metáfora del amor entre Yahvé e Israel.

Entre los judíos se discutió intensamente si este libro debía ser incluido en el canon. Fue compuesto en torno al año 300 a.C., probablemente en círculos sapienciales. Ciertamente, al principio era un canto de elogio al amor erótico y sexual entre varón y mujer. Pero, presumiblemente ya hacia el año 100, los judíos, escandalizados por esta perspectiva puramente humana, entendieron los poemas como descripción del amor entre Dios y su pueblo. De este modo lo incorporaron al canon y lo emplearon como un rollo que se leía en las fiestas de Pascua, de forma que llegó a ser extraordinariamente apreciado. Rabbí Aqiba dice del *Cantar*: «Todos los libros [del canon] son santos, pero el *Cantar* es el más santo de todos. El mundo entero no es digno del día en que este libro fue dado [a Israel]» (Lapide 24). Pinchas de Lapide enumera seis formas diferentes en que los judíos han interpretado el *Cantar* a lo largo de la historia, también bajo el influjo de la filosofía griega:

1. Como canto de bodas que da alas al amor.
2. Como canto de deseo del alma que quiere subir hasta Dios.
3. Como canto de amor de Israel, cuyo anhelo se dirige a Dios.
4. Como parábola de toda desunión sobre la tierra, que busca su sanación en la unión.
5. Como diálogo entre el cuerpo y el alma, que aspiran a recorrer el camino hacia la síntesis plena.
6. Como canto mesiánico del Salvador y su comunidad de salvados» (Lapide 23).

Ya desde Orígenes –es decir, poco después del año 200 d.C.–, la Iglesia interpretó alegóricamente el *Cantar* como

descripción del amor entre Cristo y la Iglesia, y entre Cristo y el alma individual. Siguiendo la tradición iniciada por Orígenes, muchos padres de la Iglesia y escritores espirituales –desde Gregorio Magno hasta Bernardo de Claraval– explicaron místicamente el *Cantar* como descripción de la unión mística entre Dios y el alma humana. Con todo, en la Edad Media surgió una nueva interpretación, en clave mariana, como descripción del amor entre María y su hijo Jesús. Esta explicación se adoptó sobre todo en la liturgia. Todavía hoy, en las fiestas de María, se leen o se cantan con frecuencia textos del *Cantar*.

Si a veces en la exégesis alegórica se halla presente también la angustia ante la dimensión erótica de estos cantos, con ello se muestra también, en mi opinión, algo esencial del misterio del amor. El amor entre varón y mujer tiene una dimensión profunda que la descripción puramente psicológica no puede sondear completamente. En el amor erótico y sexual entre varón y mujer interviene siempre también la idea de unidad con el fundamento del ser. En último término, en el amor entre varón y mujer hay siempre también –como dice el orientador matrimonial Hans Jellouscheck– un potencial trascendente. El amor está abierto al Amor, que es mayor que los amantes. Está abierto al amor divino.

Los padres de la Iglesia, que interpretaron alegóricamente el *Cantar*, vieron las imágenes eróticas como la descripción más certera de nuestra relación con Dios. Para ellos, el amor está siempre abierto a Dios. Se cuenta que Juan de la Cruz, el místico español, pidió que le leyeran el

Cantar cuando se encontraba en su lecho de muerte. Es decir, no quiso escuchar salmos penitenciales, sino esta admirable lírica amorosa del *Cantar*. Para él, ésta era la descripción más acertada de la unión que tendría lugar al morir. De hecho, esperaba llegar a ser uno con Jesucristo en el momento de la muerte. Y en esta unión se cumpliría su deseo de amor, expresado en los cantos del *Cantar*.

Tanto Orígenes como Juan de la Cruz conocían el significado literal de estos cantos. Para Juan, ambos significados estaban unidos. Él no pasó por alto el elemento erótico de estos cantos, sino que meditó en él y, en la meditación, sintió al mismo tiempo el misterio del amor a Dios. Aquí hay siempre dos caminos: quienes viven físicamente el amor sexual entre varón y mujer sienten en la experiencia de este amor la apertura al misterio del amor divino. Al hacerse una sola cosa con el otro, experimentan a la vez la unidad con el mundo entero y, en último término, también con Dios, fundamento originario del mundo. Y existe también el camino célibe y virgen, el camino que renuncia al amor corporal, para dirigir a Dios la dimensión erótica, que está presente en todo amor, y el deseo, que está oculto en la sexualidad. Ambos caminos son posibles. En ninguno de ellos se puede eludir el elemento erótico, la sexualidad y la dimensión corporal del amor. Pero en ambos caminos se ha de ver también lo corporal como símbolo de lo espiritual y, con el deseo de todo el cuerpo, amar a Dios, el único que puede colmar para siempre nuestro deseo más profundo de amor. Pero también el amor a Dios necesita la dimensión sensual y extática, tal como aparece en los magníficos cantos de amor.

Pablo describe el poder del amor que Dios ha regalado al ser humano en el Espíritu Santo. Este amor se expresa en el amor entre varón y mujer, en el amor de amistad, como amor al prójimo, como amor a uno mismo y como amor a Dios. El *Cantar* del Antiguo Testamento recorre otro camino. Parte del amor sexual entre el varón y la mujer y lo abre al amor a Dios y al amor que Dios ha regalado al ser humano y que es el fundamento de toda la creación. Si leemos las afirmaciones de san Pablo a la luz de los cantos de amor del Antiguo Testamento, entonces es perfectamente legítimo referirlas también al amor entre varón y mujer. Este amor es un lugar donde se puede experimentar el don de gracia del amor que Dios nos ha regalado en Jesucristo. Pero es importante que nosotros –independientemente de cuál sea nuestro punto de partida– mantengamos siempre abierta toda experiencia de amor al amor divino, que es también el fundamento del amor sexual.

3

El «Himno al amor» y la filosofía

CUANDO el *Himno al amor*, que canta Pablo en la Primera Carta a los Corintios, lo situamos en un marco filosófico y lo contemplamos de nuevo, algunas frases del apóstol aparecen bajo una nueva luz. Abandonamos ahora la conversación intrateológica, mantenida por la mayoría de los exegetas, y dirigimos una mirada más profunda al misterio del amor. Pablo conocía la filosofía griega. Platón, el mayor de los filósofos griegos y, en último término, el fundamento del que se nutre la filosofía a partir de él, escribió pormenorizadamente sobre el amor, el *eros*. En el diálogo *Fedro* pone cinco grandes discursos sobre el amor en boca de cinco varones diferentes. En ellos se refleja la multiplicidad del amor. No se puede contemplar el misterio del amor sólo desde un punto de vista. En un discurso, el *eros* es elogiado como el más antiguo de los dioses. El *eros* es bueno y, a la vez, la causa originaria de todo lo bueno que hay en el mundo. En el tercer discurso, Erixímaco ve el *eros* como fuerza cósmica. El *eros* no se refie-

re sólo al amor entre el varón y la mujer, sino que impregna toda la naturaleza, animada e inanimada, y suscita la armonía en todas las cosas. El amor es la ley del ser. El *eros* reúne todas las cosas y quiere conciliar y armonizar todos los contrarios de la vida, ya sea en la naturaleza viva o inerte, en la economía, en el arte o en los ejercicios físicos.

Aristófanes ve en el amor la estructura del ser humano. Él narra el mito según el cual el varón y la mujer formaban juntos originariamente un solo ser de forma esférica. Como Zeus sintió angustia ante la posibilidad de que estos seres sobrehumanos pudieran ser peligrosos para los dioses, los separó. De ahí surgió el *eros* como el deseo que una mitad siente de su otra mitad primordial. Platón interpreta este mito en el sentido de que el amor pertenece desde el origen al ser humano. «Si encuentra su mitad original en un amor feliz, encuentra su propio sí mismo y lo afirma» (Hirschberger 34). El amor conduce al ser humano también hacia su verdadero sí mismo.

Lo que Platón piensa sobre el *eros* lo desarrolla en el discurso pronunciado por Sócrates. Para Sócrates, el *eros* no es un dios, sino un ser intermedio entre los dioses y el ser humano. El amor pretende poner al ser humano en contacto con lo bueno. Y el *eros* es la fuerza que engendra lo bello. En el *eros*, los seres humanos son portadores de una facultad generativa, tanto del cuerpo como del alma. La potencia procreadora del cuerpo del varón se une con el cuerpo de la mujer y, de este modo, engendra un ser nuevo. Así, el ser humano mortal participa de la inmortalidad. Pero también el alma engendra conocimiento y va-

lores espirituales. Poetas, artistas y filósofos no expresan sólo la belleza de cuerpos individuales, sino la contemplación de la belleza en sí. El amor se eleva desde la concreción de los cuerpos hermosos a la belleza original que subyace a todas las cosas. La dicha suprema del ser humano consiste en contemplar la belleza original. Y si el ser humano ve a través del amor la belleza en sí, surge también la verdadera virtud. «Si se engendra la verdadera virtud y se deja que se desarrolle, entonces el ser humano es llamado a amar a Dios y ser partícipe de la inmortalidad, a la que, de otro modo, no tendría acceso». El amor es para Platón la clave del sentido de la vida y del origen del mundo. El ser humano conoce ya en su alma la fuerza del amor antes de experimentarla. Esta fuerza se encuentra ya en la persona humana como energía originaria.

Si comparamos estos pensamientos de Platón con el *Himno al amor* de Pablo, comprendemos que Pablo se refiere también naturalmente a la conducta concreta del amor, pero que comprende el amor como una fuerza que procede de Dios; más aún, que es divina. A través del amor, la persona humana se hace partícipe de Dios. Por otro lado, Pablo quiere, con su elogio del amor, dirigirse a la noción original del amor que todo ser humano tiene en su alma, para que, a través de sus palabras, esa idea se despierte en el fundamento del alma. Debido a que el amor se ha despertado, el ser humano tiene que vivir también como corresponde a su verdadera esencia.

No obstante, Pablo no ve el amor fundamentado única y exclusivamente desde la esencia del ser humano, como hace la filosofía griega. Para él, por el contrario, el amor

es a la vez y sobre todo un don de Dios. Es derramado en nuestro corazón a través del Espíritu Santo. Y este amor, que está en nosotros, tiene que expresarse ahora concretamente: el amor como fundamento originario de todo ser se muestra en el amor entre varón y mujer, en el amor a nosotros mismos, en el amor al prójimo, en el amor que Dios nos tiene y en nuestro amor a Dios. Si experimentamos y ejercitamos estas diferentes formas de amor, nos hacemos partícipes del fundamento del amor, accedemos a nuestro verdadero sí mismo y vislumbramos a Dios como la fuente de todo amor.

Plotino, el mayor de los filósofos platónicos, desarrolló los pensamientos de Platón doscientos años después de Pablo. Afirma que el *eros* se inflama en nosotros frente a lo bello. Lo absolutamente bello se ama a sí mismo. Dios es en sí amor en puro resplandor. En el amor, quienes aman se encuentran a la vez en Dios. «No como si fueran dioses de por sí, sino porque con su origen participan de lo divino, del mismo modo que la copia participa de la imagen original» (Hirschberger 42). La chispa del amor divino está en todo amor humano, aun cuando este amor sea puramente sexual o esté mezclado con pretensiones de posesión y codicia. Se trata de que esta chispa de amor divino se encienda continuamente en nuestra forma concreta de amar. Nuestra experiencia de amor es a veces fascinante. En esos momentos tenemos la impresión de que a través del amor entramos en el ser de Dios, de que el amor nos diviniza. Pero después tenemos que experimentar una y otra vez, dolorosamente, que el amor nos hiere, que se nos escapa entre los dedos o que está mezclado con otros

sentimientos como la agresión, el deseo de controlar y dominar, e incluso el odio y la venganza. También en estas formas erróneas de amor sigue estando aún presente la chispa divina del amor original.

Si se consideran las afirmaciones paulinas desde el trasfondo de los pensamientos de Platón y de Plotino, entonces resulta claro, en mi opinión, que Pablo no nos presenta una exigencia moralizadora de amar de tal modo que nunca debamos pensar en nosotros y en nuestras necesidades. Más bien, nos expone el misterio del amor divino, del que hemos sido hechos partícipes en el Espíritu Santo, para que descubramos en nuestras formas cotidianas de amor este amor divino como el verdadero fundamento. Y si por medio de nuestro amor, a menudo tan modesto y pobre, llegamos a descubrir el fundamento primero del amor divino, entonces nuestra vida adquiere una nueva cualidad. Entonces reconocemos también en la debilidad de nuestro amor la fuerza del amor divino, que todo lo sostiene, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta. Johannes Hirschberger concluye sus pensamientos sobre el *eros* platónico con unas palabras que arrojan también una nueva luz sobre las afirmaciones paulinas:

«¿Qué es el *eros* platónico? Es esta chispa divina en nosotros y en el mundo. El *eros* puede conducir todo nuestro amar y querer, a través de los extravíos de la temporalidad, hacia una meta eterna, y vivificar el mundo como *desiderium collium aeternorum* (“deseo de las colinas eternas”))» (Hirschberger 45).

Dios ha derramado el amor en nuestro corazón. En este amor palpamos a Dios. En él participamos, en medio del mundo, del amor eterno de Dios. Y en el amor ha grabado Dios en nuestro corazón el deseo, que no tendrá descanso hasta que lo encuentre en Él.

Los padres de la Iglesia intentaron unir y reconciliar la filosofía del amor con las afirmaciones de san Pablo sobre el amor. No se cansaron de reflexionar sobre los misterios del amor. Algunas de sus consideraciones nos resultan extrañas. Deseo entresacar tan sólo un pensamiento de san Agustín. Su punto de partida es que Dios ha puesto el amor como deseo de Él en el alma humana. «Llamo “amor” al movimiento del alma que consiste en gozarse con Dios por él mismo». Agustín comprende el amor como una casa en la que podemos habitar, pero también como una energía que habita en nosotros: «*habita et inhabitaberis, mane et manebitur in te*: habita —en el amor, claro está— y descubrirás que eres habitado; permanece en el amor y descubrirás que él permanece en ti» (Welte 23-24).

El amor es como un milagro en medio de la dureza y la sobriedad de nuestro mundo. Y es intemporal. Es como «un instante sin tiempo y eterno, como una mirada sobre la eternidad, y puede extenderse también más allá de los límites del tiempo finito» (Welte 25). Agustín condensó este misterio del amor en estas admirables palabras: «*Quo nisi deo plenus est qui plenus est dilectione?*: Quién está lleno de amor, ¿de qué está henchido sino de Dios?» (Welte 25). De este modo, el amor no sólo une el yo con el tú, sino también y, en último término, al ser humano con Dios. En el amor se puede experimentar «la armonía con

el mundo entero y la armonía de la vida terrena con la vida divina sobrenatural» (Welte 26).

El teólogo y filósofo Bernhard Welte ha desarrollado estos pensamientos de san Agustín en su filosofía del amor. Para él, el amor se despierta en mí por lo que hay digno de ser amado en ti. En el amor se hace visible lo que hay digno de ser amado en ti. Se ilumina en él y se manifiesta. Lo amable es siempre también lo bello y lo bueno, que está en el otro y sale a la luz en el amor. No es nuestro ideal de belleza, sino «aquella belleza en virtud de la cual el ojo del amado es bello para el amante, porque el tú amado brilla realmente desde él» (Welte 30). Naturalmente, sabemos que el otro no es sólo bueno. Pero en el amor resplandece lo bueno que hay en él. No podemos amar en el otro la falta de bien. Pero «el amor puede descubrir las posibilidades y esperanzas ocultas y escondidas detrás de un tú tan oscurecido» (Welte 35-36).

Este amor que Dios ha puesto en nuestro corazón se expresa en cada experiencia humana de amor. Pero es, al mismo tiempo, el fundamento de todo amor entre los seres humanos. Si tratamos de descubrir la experiencia que subyace a esta afirmación, nos encontramos de nuevo con los enunciados de san Pablo: en todas las experiencias humanas de amor, ya se trate de un amor pasional, un amor entre amigos o un amor puro, está presente el fundamento más profundo del amor: el amor que es un don de Dios a nosotros. Pero este amor no se derrama únicamente en el corazón humano, sino también en el cosmos. El amor es, al mismo tiempo, el principio que estructura todo ser. Dios ha puesto el amor en la creación. Y, por tanto, este amor

puede salir a nuestro encuentro también en la creación. Para muchas personas, ésta es una experiencia importante. Tienen la sensación de que en la naturaleza palpan algo del amor de Dios. Es un amor que no valora, sino que es incondicional y está impregnado de vida y ternura.

El teólogo evangélico Paul Tillich trata de integrar en la teología las afirmaciones filosóficas y psicológicas sobre el amor. Para él, el amor es «el impulso hacia la reunificación de lo que está separado», el «anhelo de unidad de lo separado». Ve también el amor como fundamento de todo ser. Dios no sólo ha creado el ser por amor, sino que lo ha llenado de amor. Paul Tillich distingue también las diferentes formas del amor. Al grupo formado por el *eros*, la *philía* y la *agapé* le añade la *libido*, para retomar el concepto de Sigmund Freud. Pero no entiende la *libido* ante todo como una energía sexual, sino «como afán de superación de una carencia, como impulso natural hacia una “autorrealización más vital”» (citado en: Meckenstock 168). Tillich piensa que la *agapé* está presente en todas las formas de amor. La *agapé* es «la dimensión profunda del amor».

Todos estos intentos filosóficos de comprender el misterio del amor quieren hacernos sensibles a lo que Pablo ha descrito en el *Himno al amor*. En todas las formas concretas de nuestro amor, a menudo tan quebradizo, está presente el amor divino. Y, así, la experiencia del amor entre varón y mujer, entre dos amigos, entre padres e hijos y la experiencia del amor en la naturaleza, la música y la poesía son siempre, después de todo, una parte de la experiencia mística del amor. Todo amor nos remite al poder

del amor que hay en nosotros, que Dios ha derramado con la creación en nuestro corazón y que nos ha regalado a los cristianos de un modo nuevo en el Espíritu Santo como don de gracia. Por eso, Pablo quiere, en último término, conducirnos continuamente, en todas las experiencias que tenemos del amor, hasta el fundamento y hacer que tomemos conciencia, llenos de agradecimiento, de que Dios ha derramado su amor en nuestro corazón. Nadie puede arrebatarnos este amor. Tampoco puede ser destruido por las experiencias que hayamos tenido con otras personas que nos han decepcionado y herido con su amor. Porque es, en definitiva, un amor divino, un amor que quiere conducirnos a la unión mística con Dios.

El «Himno al amor» y la psicología

EL año pasado fui invitado a un congreso de terapeutas para pronunciar en él una conferencia sobre el amor. El lema del congreso era: «El amor sana. El amor enferma». Si consideramos el capítulo 13 de la Primera Carta a los Corintios desde la perspectiva de la psicología, tenemos que pensar siempre en esta tensión interior que hay en el amor. La perspectiva psicológica nos guarda de hablar del amor de un modo demasiado sentimental o idealista. El amor tiene la fuerza fascinadora y transformadora de que habla Pablo. Pero a menudo se muestra en nosotros también como una energía que nos enferma, que nos incapacita para ver nuestra propia realidad. Es verdad que la falta de amor puede hacernos enfermar, pero no es menos cierto que un exceso de amor también puede hacernos daño.

Formas de amor enfermizas

La psicología conoce la fuerza sanadora del amor, pero también las formas de amor que enferman a las personas. El niño necesita el amor de la madre y del padre para crecer sano y ser después capaz de amar él mismo. Recibe el amor de los padres. Pero ya en ello hay una diferencia entre el amor que el niño recibe y el que espera. Tenemos en nosotros una necesidad ilimitada de ser amados. Y muchas veces no estamos totalmente satisfechos con el amor que nuestros progenitores nos han dado. Ellos nos dieron lo que pudieron. Pero no estaban en condiciones de darnos lo que nosotros esperábamos.

A menudo, el amor de los padres está mezclado con otros motivos. Aman a los hijos para compensar, a través de este amor, la falta de amor que ellos experimentaron siendo niños. Pero entonces su amor no es desinteresado. Tiene segundas intenciones. Con frecuencia, los padres quieren mantener aferrado al hijo. A veces surge un amor simbiótico, un vínculo afectivo demasiado intenso entre madre e hija, madre e hijo, padre e hija o padre e hijo, que impide al hijo o a la hija recorrer su propio camino. Han experimentado un amor que los ata excesivamente y los incapacita para amar. Les resulta difícil cumplir la palabra de Jesús acerca de la necesidad de dejar al padre y a la madre para unirse a la mujer o al varón y ser con ella o con él una sola carne. Su capacidad de amor está demasiado limitada por la simbiosis con sus progenitores.

El amor enferma cuando tiene su origen en una necesidad excesivamente grande. No dejo de conocer a gente

que está tan necesitada de amor que es incapaz de ver el auténtico amor. En cuanto una persona les presta alguna atención, se cuelgan de ella. Se agarran a un clavo ardiendo. Muchas veces confunden el amor con la convivencia. Por el hecho de que sienten angustia ante la posibilidad de estar solas, aman a cualquiera que se comporte amablemente con ellas. Y no notan que son utilizadas. Luego se lamentan de que no tienen suerte en el amor. El final de todas esas relaciones es la separación. Con todo, no caen en la cuenta de que la culpa no es sólo del otro, que las ama demasiado poco, sino también su propia ceguera. Se aferran con tanta fuerza al otro que llega un momento en que la situación es para éste demasiado estrecha y se libera del encerramiento. Se sienten devoradas por el deseo de una persona que las ame incondicionalmente. Pero únicamente experimentan un amor frágil y limitado. Exigen demasiado a cualquiera que las ame, porque esperan que satisfaga plenamente su necesidad. Pero cuando ésta es demasiado grande, llega un momento en que cualquiera siente angustia ante ese apetito insaciable que ningún amor puede calmar a la perfección.

Las personas que esperan demasiado del amor del otro suelen ser incapaces de amarse a sí mismas. No pueden soportarse. Sólo se experimentan a sí mismas si otra persona las ama. Pero de este modo exigen demasiado al amor del otro. Con frecuencia surge un círculo vicioso: porque no soy amado suficientemente, no soy capaz de amarme a mí mismo. Así, pongo unas expectativas desmedidas en el amor del otro y, de este modo, lo destruyo. Pero en algún momento tengo que escapar de este círculo

vicioso, mientras experimento dolorosamente la falta de amor. Entonces, a través de este sufrimiento, entro en contacto con el amor que hay en mí. Y debo tomar la decisión de autoafirmarme y de amarme en mi pobreza. El sano amor a mí mismo da también la recta medida a mi deseo de amor.

La fuerza sanadora del amor

El hecho de que el amor sana y enferma no vale sólo para el amor entre el varón y la mujer o para el amor entre amigos y amigas, sino también para el amor con que un terapeuta, un agente de pastoral o un médico se encuentran con el cliente. El amor puede sanar. El amor está por encima de todos los métodos que contribuyen a la sanación. Lo decisivo es que el terapeuta o la terapeuta se encuentren con el cliente con amor y benevolencia. Hoy preferimos hablar de empatía, de la disposición a ponerse en la piel del otro y sentir con él.

Pero, pese a toda nuestra empatía, debemos saber que nuestro amor tiene también sus límites. Sólo el amor de Dios es ilimitado. Por eso, los agentes de pastoral y los terapeutas no podemos exigirnos demasiado. No podemos pensar que la curación del otro depende únicamente de nuestro amor. Hace falta también recibir el eco del otro. Y una de las características de la humildad terapéutica consiste en reconocer que no podemos amar sin límites como Dios, sino únicamente en la medida que nos corresponde. Y esto no es suficiente para algunas personas que están ili-

mitadamente necesitadas. Aceptar esto resulta doloroso. Pero también nos descarga, para que no tengamos mala conciencia si una persona no llega a curarse.

También los cuentos expresan que el amor puede transformar. Por ejemplo, una persona que ha sido convertida en piedra vuelve a la vida gracias al amor de otra. En el cuento titulado *Los seis cisnes*, la hermana teje, en silencio y llena de amor, seis camisas para sus seis hermanos, convertidos en cisnes por una bruja. Cuando ella, debido a su mutismo, tiene que subir a la hoguera, los seis cisnes vuelan sobre ella. Entonces les lanza las camisas impregnadas de amor, y los cisnes se transforman de nuevo en seres humanos y celebran juntos la victoria del amor sobre toda maldad.

Dostoievski ha descrito admirablemente, en su novela *Crimen y castigo*, cómo Sonia transforma al asesino Raskolnikov por medio de su amor. Dostoievski cita al comienzo de su obra el relato de la resurrección de Lázaro. Sonia consigue por medio de su amor que el asesino, que había sellado su sepulcro con la piedra de su ideología y su odio, vuelva a la vida. Cada uno de nosotros ha experimentado ya cómo el amor de otra persona devuelve la vida a lo que está entumecido y muerto en nosotros. Si una niña inocente como Sonia sonríe a un anciano apesadumbrado, entonces éste tiene que devolverle la sonrisa. El amor claro e inocente de una niña suscita también amor en él. Pero el hecho de que Sonia no retroceda horrorizada ante la enorme miseria del asesino Raskolnikov muestra que su amor tiene además otro fundamento. Ella lee a su compañero el evangelio de la resurrección de Lázaro. Ella

misma participa del amor de Jesucristo, que resucita a los muertos con su amor, que irradia un amor que atraviesa la piedra y el corazón endurecido y suscita el amor que dormita oculto detrás de ellos.

En toda persona habita el deseo de amar y ser amada. El ser humano llega a ser tal cuando experimenta amor y puede dar amor. Al mismo tiempo, muchos experimentan que son muy poco amados. Enferman por falta de amor. Porque de niños no fueron amados por sí mismos, porque fueron utilizados para satisfacer las necesidades de sus padres, sufren en la edad adulta debido a las heridas causadas por sus progenitores. Necesitan la experiencia del amor parental para llegar a estar sanos. A menudo, los padres no pueden darles ese amor. Entonces se necesita la intervención del agente de pastoral o del terapeuta. Ellos hacen las veces de padres. Regalan el amor sanador a quienes han enfermado por falta de amor.

La fuerza sanadora del amor espiritual

Ahora bien, la carencia de amor ¿se puede curar sólo a través del amor humano? Quienes no encuentran a ninguna persona que los ame ¿no tienen ninguna posibilidad de sanación? El camino normal es la curación a través del amor de otra persona. Pero existe también el camino espiritual. Hay experiencias espirituales en las que de pronto nos sentimos uno con nosotros mismos. Entonces nos sentimos transidos de amor y rodeados de amor. Esta experiencia espiritual del amor de Dios puede sanar nuestras heri-

das más profundas. Pero también aquí hace falta paciencia. En Dios, nos sentimos uno con nosotros mismos. Pero no podemos retener esta experiencia. Al instante siguiente palpamos de nuevo nuestro desgarro interior, nuestro aislamiento, y sentimos que no somos amados. Entonces es necesario percibirlo, admitir el dolor y, por así decirlo, hacer duelo por ello.

En el acompañamiento espiritual nos encontramos una y otra vez con personas que no consideran su falta de amor ni hacen duelo por ella. Se refugian en la espiritualidad o en el amor divino. He acompañado a un varón que no había elaborado el duelo por el déficit de amor materno. Contaba experiencias espirituales extraordinarias. Pero con ello sólo apartaba a la gente. Quería que lo admiraran, porque no admitía que lo que de verdad deseaba era ser amado. Pero su espiritualidad no curaba realmente las heridas. Sólo si reconozco las heridas y hago duelo por ellas, permito que se transformen. Y a través de las heridas puedo llegar hasta el fundamento donde puedo vislumbrar el amor de Dios, en el que llego a ser uno de un modo nuevo conmigo mismo y con Dios.

Otra forma de compensar el déficit de amor con experiencias espirituales es lo que los americanos llaman «atajo espiritual». Algunas personas no aceptan su falta de amor o su incapacidad de amar y enseguida la ocultan con experiencias espirituales. No reúnen la humildad necesaria para contemplar su falta, sino que prefieren devorar los libros de los místicos. Éstos podrían ayudarlas a afrontar la carencia de amor y buscar el camino hacia Dios. Aquí, el peligro consiste en no percibir o reconocer mis heridas

o la incapacidad de amar y, por el contrario, creer que la experiencia mística podría resolver todos mis problemas. Un psicólogo me contaba que algunos clientes se entusiasman exageradamente con la unión mística sólo para ocultar religiosamente su incapacidad de relación. No deploran su incapacidad de relación, sino que se refugian en algo más alto, para ponerse por encima de los demás. Pero ésta no es la experiencia del amor divino transformador. Esta experiencia aparentemente mística conduce tan sólo a un mundo aparente, en el que un buen día uno se despierta completamente desesperado.

Por otro lado, en el acompañamiento me encuentro con personas que no hacen más que quejarse de la falta de amor. Anhelan una persona con quien poder hablar, que las tome de la mano y las ame. Yo no puedo prometerles que van a encontrar a ese ser humano que cumpla su deseo. Tampoco quiero quitarles ese anhelo. Ciertamente, pueden tener que seguir buscando. Pero, al mismo tiempo, siento que para algunas personas esto podría constituir una falsa promesa, porque, en su necesidad, volverían a caer en brazos de la primera persona que les prestara un poco de atención. Y entonces se repetiría de nuevo el drama que ya conocen: no son amadas y se sienten abandonadas.

Sólo queda la posibilidad de aceptar nuestra soledad, mirarla cara a cara y, a través del aislamiento y la necesidad, llegar a la fuente del amor que mana en nuestro corazón. Pese a toda nuestra soledad, hay en nosotros un amor del que podemos recibir calor. Es el amor como poder, como don de gracia, como energía divina, del que habla Pablo. Precisamente nuestras experiencias dolorosas de

falta de amor quieren conducirnos a este espacio interior, en el que el amor divino habita en nosotros. Y sólo cuando acudimos a esta fuente de amor infinito en nosotros, nuestra necesidad puede ser sanada finalmente. La necesidad se hará sentir una y otra vez en nosotros, el estar solos nos hará sufrir. Pero el dolor nos permite acceder hasta el verdadero fundamento de nuestra alma, donde fluye el amor divino.

En la irradiación de una persona se percibe si su experiencia espiritual del amor es auténtica o no. Quien tiene experiencia espiritual del amor habla de ella muy prudente y cuidadosamente. Quien habla del amor con demasiada euforia ansía el amor, pero, en general, no lo ha vivido verdaderamente. Ha palpado algo de él, pero se refugia en sensaciones eufóricas para evitar el dolor de la soledad. Sus palabras sobre el amor suelen dejar en nosotros sentimientos encontrados. Desearíamos desearle de buena gana que fuera cierto lo que dice. Pero a la vez tenemos la sensación de que, de algún modo, se engaña a sí mismo.

Quien ha experimentado el amor del que habla Pablo, lo irradia, pero no a través de una amable sonrisa permanente, sino a través del brillo de sus ojos, de la luz que brilla a través de su rostro surcado por el dolor. Es un amor suave, pero que nos hace bien. Sentimos que estamos ante una persona que ha experimentado un profundo dolor por la falta de amor, pero que, a través de todos los dolores, ha llegado también a entrar en contacto con el amor que hay en ella, que es más fuerte que todo su amor humano.

Lugares para la experiencia del amor

El amor entre el varón y la mujer no es la única experiencia posible del amor. Hay muchos lugares en los cuales encontramos el amor. Para muchas personas, el matrimonio es el lugar donde experimentan el amor del modo más profundo; para otras, es la amistad, la amistad entre mujeres o entre varones, o también la amistad entre varón y mujer. Las canciones de moda hablan sobre todo del enamoramiento para cantar el misterio del amor. Pero las conversaciones con muchas personas me han mostrado también que hay además otros muchos lugares para entrar en contacto con el amor que mana en el fundamento de nuestra alma: algunos de ellos no tienen nada que ver con una relación con otra persona. Unos sienten ese amor en una iglesia o en una celebración litúrgica. En las palabras de las lecturas bíblicas que escuchan, de pronto les habla el amor. O sienten el amor en la interpretación de los antiguos cantos o himnos eclesiásticos. Para san Agustín, el canto es un lugar importante donde experimentamos el amor. De él procede la famosa máxima *Cantare amantis est* («Quien ama canta», o bien «Cantar es cosa de quien ama. Sólo puede cantar quien ama»). Y viceversa, también se podría entender esta palabra en el sentido de que el canto suscita el amor.

Otros experimentan este amor en la naturaleza. En la belleza de las flores, en la plenitud de la vida que florece en primavera, les sale al encuentro un amor que no pueden nombrar. Nuestro abad Fidelis nos contó, a propósito de su visita a Perú, que los indios le habían enseñado que el

amor fluye hasta nosotros a través de un árbol si nos ponemos bajo su sombra de un modo totalmente abierto y presente. Al principio se mostró escéptico. Pero después probó y pensó que verdaderamente había sentido un amor que sólo podía calificar como amor divino. Una mujer confirmó esta experiencia después de una charla. En medio de la naturaleza, sentía a menudo que estaba rodeada y empapada de amor. Dios nos abraza por medio de su creación. En ella, el amor fluye hasta nosotros. Otras personas experimentan este amor a través de un animal como, por ejemplo, un perro o un cordero al que acarician. El amor sale a nuestro encuentro en todas partes. Sólo necesitamos apertura para dejar que entre en nosotros.

Hay otros muchos accesos para experimentar la fuerza sanadora del amor. Para muchos es la música. En la música de Mozart escucho sencillamente el amor que él expresó en sonidos. Y no observo ninguna diferencia si escucho sus obras, su música sacra, sus sinfonías o sus conciertos para violín, piano o clarinete. Las arias de la condesa en *Las bodas de Fígaro* expresan un amor que está lleno de deseo y tensión. Al escuchar estas arias, entro en contacto con mi propio deseo de amor y con todos los sentimientos y estados de ánimo que el amor despierta en mí. En ellas se trasluce algo de un amor que es más que el ser arrastrado de un lado para otro entre dos personas.

Mozart no canta a un amor íntegro, sino que en su música se puede escuchar el misterio del amor en medio de nuestra realidad, cuando nos sentimos encantados o heridos por el amor. Si alguien se lamenta de que no puede sentir amor, porque tal o cual persona ya no le ama, que

escuche una ópera de Mozart. Entonces volverá a creer en el amor. En efecto, entonces sentirá el amor en su interior. Y ese amor que siente en su corazón no se lo pueden arrebatarse, ni siquiera cuando se siente decepcionado o rechazado en el amor. Mozart no reflexionó sobre el amor, sino que lo captó intuitivamente e hizo que se pudiera oír en su música. En las arias de sus óperas se expresa un amor puramente humano. Pero siempre está rodeado por el poder del Amor, en el cual el amor humano y el divino son una sola cosa. También en el amor más humano resuena algo del misterio del amor divino.

Otras personas experimentan el amor en el arte. Henri Nouwen recuerda a su compatriota Vincent van Gogh, que no pudo experimentar en su vida el amor de una mujer, pero dejó fluir en sus cuadros el amor que sentía en su interior. Cuando nos sentamos ante sus cuadros y acogemos en nosotros el calor de los girasoles amarillos, sentimos el amor que él infundió en esos cuadros. Y para algunos éste es el camino a través del cual pueden entrar en contacto con el amor que hay en su corazón. Otros ven este amor en los cuadros de Fra Angelico. Por algo recibió el apelativo de «pintor angélico». En sus cuadros hay algo tan puro y claro, tan lleno de amor, que, al contemplarlos, podemos acoger el amor en nosotros.

Experiencias de amor felices y lacerantes

Pese a que el amor puede llenarnos de dicha, a menudo nos hiere. He sentido amor hacia una persona y también he experimentado su amor. Pero, de pronto, ese amor se vuelve quebradizo. El otro se dirige a una mujer más joven. Y yo me siento herida, utilizada, traicionada, pienso que ha abusado de mí. Pero ni siquiera esta experiencia lacerante puede apagar el deseo de amar y ser amada. Todo lo contrario: anhelamos, con más fuerza aún, un amor estable sobre el cual podamos construir. Muchas canciones de moda giran en torno a este motivo. Es un tema antiquísimo y, sin embargo, siempre nuevo. Ansiamos un amor que nos colme para siempre. Pero es evidente que el amor que experimentamos con una persona remite siempre, más allá de sí mismo, a un amor mayor, a un amor imperecedero, eterno y, en último término, divino.

Muchas personas asocian la palabra «amor» con el enamoramiento. Cuando eran jóvenes y estaban enamoradas, se sentían llenas de idealismo. Todo había cobrado vida en ellas. Se sentían fascinadas. El amor les hacía pensar únicamente en la persona amada. Su cercanía era para ellas como el elixir de la vida. Florecían. Se sentían felices. El enamoramiento está al comienzo de todo gran amor. No obstante, el enamoramiento tiene que transformarse en amor. En la experiencia de enamoramiento nos encontramos a menudo —como dicen los psicólogos— enamorados de nuestra autoimagen, que proyectamos en el otro. Tenemos que aprender a ver al otro como realmente es, sin glorificaciones idealistas, y amarlo y aceptarlo tal

como es. Entonces el otro se convierte también en espejo para nosotros. Y en el amor al otro aprendemos lentamente también a amarnos a nosotros mismos como somos, y no sólo nuestra autoimagen idealizada.

Muchas veces nos enamoramos también después de llevar muchos años casados o de haber tomado hace mucho tiempo la decisión de vivir solteros. Aunque estamos felizmente casados, se produce un encuentro con otro varón u otra mujer. Vemos a esa persona y sentimos el amor a primera vista. En esa situación, muchas personas sienten angustia ante la posibilidad de destruir su matrimonio. Contra el enamoramiento no se conoce ningún remedio. Más bien, se trata de actuar con toda responsabilidad, de situar la experiencia de enamoramiento en función del proyecto de vida que he mantenido hasta ese momento. No puedo arrancar de mí el enamoramiento. Éste podría ser también un recordatorio de que necesito vivir y expresar más conscientemente en mi matrimonio o en mi vida de célibe los sentimientos y deseos de mi alma que no he cultivado suficientemente.

Si me enamoro de otra persona, vuelvo a sentirme capaz de amar. Palpo un amor profundo. Ese amor está en mí. Aunque el otro lo rechace, sigue siendo mi amor. Muchas personas se hacen dependientes de otra y experimentan confusión con respecto al proyecto de vida que han mantenido hasta ese momento. C.J. Jung piensa que el enamoramiento está siempre relacionado con la proyección. Me enamoro de una persona que vive algo que también está en mí, pero que hasta ahora he realizado demasiado poco. Por eso, el enamoramiento es siempre también

un desafío para mí y me invita a vivir lo que he descuidado hasta este momento. El otro lo ha despertado. Pero no depende del otro. Si sólo me siento vivo cuando la persona amada está presente, me hago dependiente. Y esta dependencia es, en definitiva, contraria a mi dignidad. Cuanto más realizo en mí lo que el otro suscita en mí, tanto menos dependiente me vuelvo. Puedo percibir al otro con agradecimiento. Puedo experimentar mi enamoramiento sin sentirme angustiado ante la posibilidad de tener que abandonar a la persona a la que estoy unida en el amor. El enamoramiento es una forma de desarrollar cada vez más la riqueza de mi propia alma.

Una mujer sola, madre de cuatro hijos, me contaba que se había enamorado de un músico. Pero éste la hería continuamente, porque mantenía relaciones con otras mujeres. Estaba aprovechándose de ella. Siempre que necesitaba dinero, se presentaba con todo su encanto y le hacía toda clase de promesas. Sus amigas le habían insistido en que tenía que dejar definitivamente a ese hombre, que ciertamente no se merecía su amor. Con ese amor, ella sólo iba a hacerse daño. Aunque comprendía teóricamente que la relación con él no le hacía ningún bien, no podía arrancar de raíz ese amor. Pero su tarea no es expulsarlo de su vida. Más bien debería preguntarse qué despierta el otro en ella que tanto la fascina. Cuando se lo pregunté, me respondió que era la ligereza del ser. Y reflexionamos juntos acerca de cómo podría experimentar esa ligereza del ser en sí misma. Deseaba abandonarse a esa ligereza. Pero, debido al exceso de trabajo, no encontraba la manera de conseguirlo. La experiencia del enamoramiento le

permitió encontrar y cultivar su lado ligero. Y con el tiempo se había vuelto dependiente de ese hombre. Pero no necesitó separarse de él con violencia, sino que encontró la forma de sentirse viva con sus nuevas posibilidades y se enriqueció interiormente en mayor medida. Como ya no estaba tan necesitada, sino que era ella misma quien vivía, dejó de ser dependiente.

El arte de amar

No hay un libro sobre el amor que haya tenido tanta difusión como *El arte de amar*, del psicoanalítico Erich Fromm. Es obvio que muchas personas tenían la necesidad, en medio de sus experiencias de amor positivas y negativas, fascinantes y lacerantes, de aprender el arte de amar, de poder amar verdaderamente. Para Erich Fromm se trata de un arte. El amor no es una cosa que me suceda sin más. Mi modo de amar depende de mí. El amor exige, por un lado, el desarrollo de la personalidad individual y, por otro, la disposición a entregarse, abandonarse y darse al otro. Erich Fromm no entiende el amor simplemente como algo que me sucede si me enamoro de una persona. Más bien, el amor es para él una capacidad que exige también la actividad de la persona.

Fromm describe las diferentes formas de amor y sus peligros. Empieza con el amor al prójimo, que, en último término, está destinado siempre a todas las personas; después continúa con el amor materno y paterno, y más adelante trata el amor erótico. Éste puede convertirse también

en un egoísmo de dos, si se queda sólo en el otro. A través del amor concreto a otra persona, que me atrae, se convierte siempre en un sentimiento fundamental de amor a todo cuanto existe. A continuación, habla del amor a uno mismo, que también Sigmund Freud vio como algo negativo. Jesús, sin embargo, nos exhorta a amarnos a nosotros mismos, pues ésta es la condición para amar verdaderamente al otro. Y Fromm habla también del amor a Dios. Hay, por un lado, un amor infantil a Dios, que identifica a Dios con la madre o con el padre. Pero también hay una forma madura de amor a Dios, tal como lo ha descrito sobre todo la mística: llegar a ser uno con el Dios indecible, cuya esencia es ser amor.

Erich Fromm se niega a dar consejos baratos acerca de cómo se puede aprender el arte de amar. Todo arte tiene que ser ejercitado. Y todo arte necesita cuatro prerequisites: disciplina, concentración, paciencia y el convencimiento de su importancia. El arte de amar sólo se obtiene si superamos el propio narcisismo y, de este modo, nos abrimos al misterio del otro. Fromm menciona otro prerequisite para el arte de amar: la fe. Con ello no se refiere en primer lugar a la fe en Dios, sino a la fe en lo bueno que hay en el otro y a la fe en uno mismo y en la propia capacidad de amar. Para él, creer en otra persona «significa estar seguro de la confianza e inmutabilidad de sus actitudes fundamentales, de la esencia de su personalidad, de su amor» (Fromm 135). Y creo en las posibilidades que hay en el otro y que se pueden despertar gracias al amor. Esta fe en el otro requiere al mismo tiempo valor. En nosotros no actúa sólo la angustia de no ser amados, sino

también el temor frente al amor: soltar las riendas en el amor y entregarse al otro.

«Amar significa comprometerse sin garantías, entregarse totalmente con la esperanza de producir amor en la persona amada. El amor es un acto de fe, y quien tenga poca fe también tiene poco amor» (Fromm 140).

Erich Fromm confirma en su exposición sobre el arte de amar la intuición de san Pablo, para quien el amor y la fe están relacionados, y el amor todo lo cree.

El deseo de amar y ser amado

Para mí, hay otro importante acceso psicológico al amor. Filósofos y psicólogos afirman unánimemente que todo ser humano anhela amar y ser amado. Y toda persona tiene experiencias dichosas y también decepcionantes de amar y ser amada. El amor puede fascinar a un ser humano y puede herirlo si no es correspondido como esperaba. La meta de nuestro deseo de amor no es que un buen día llegue alguien que nos ame tanto que nos deje satisfechos para siempre. Nunca quedaremos completamente saciados con un amor humano. Tanto la experiencia de plenitud a través del amor como la decepción, que experimentamos a menudo, pretenden abrirnos a un amor que es mayor que el amor entre dos personas. La meta de las experiencias plenificadoras y decepcionantes del amor es que lleguemos a ser amor, que experimentemos el amor como cuali-

dad que configura toda nuestra existencia, como una fuente que mana en nosotros.

Una mujer me contó que, mientras paseaba, tuvo de pronto la sensación de que era totalmente amor. No amaba a una determinada persona, sino que era amor. El amor que había en ella fluía hacia todo cuanto la rodeaba. Llenaba su cuerpo y le permitía sentirlo de un modo nuevo. De ella irradiaba benevolencia hacia todo, hacia la naturaleza que la envolvía, hacia las personas con quienes se encontraba. Sentía un sabor agradable en su ser, el sabor del amor. Otra mujer tuvo esta experiencia mientras meditaba. De pronto sintió cómo toda la sala donde meditaba estaba llena de amor. Ella misma era amor, y todo cuanto la circundaba era igualmente amor. Esto transformó su percepción de sí misma y del mundo que la rodeaba.

A veces decimos, a propósito de mujeres y varones ancianos, que su rostro irradia amor. A menudo son rostros surcados por el dolor. Pero a través de todas las arrugas resplandece el amor. O tenemos la sensación de que el amor fluye de las manos de esas personas. Cuando estuve en el monte Athos, me saludó un anciano padre hospedero. No podíamos entendernos en ninguna lengua. Pero la presión de sus manos transmitía amor. Sí, tuve la experiencia de que sus manos eran amor. Él se había convertido en amor. El amor fluía de todo lo que él era. De un rabino judío se cuenta que la gente no acudía a él para escuchar su doctrina, sino únicamente para ver cómo se ataba los zapatos. Por la manera en que se ataba los zapatos con amor, la gente reconocía que era un ser humano espiritual, que era enteramente amor.

Quien tiene esta experiencia de ser amor ha tenido, en definitiva, una experiencia espiritual. No podemos retener esta experiencia. Pero a veces nos sobreviene. Entonces nos sentimos llenos de dicha interior. Vislumbramos lo que dice Juan en su Primera Carta: «Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él» (1 Juan 4,16). En último término, hemos tenido experiencia del mismo Dios, que es el fundamento originario y la fuente de todo amor.

La meta de todas las experiencias plenificadoras y lacerantes de amor, de toda fascinación y de toda decepción del amor, es que lleguemos a entrar en contacto con esa fuente de amor, que no depende de si alguien nos ama ni de si estamos enamorados de alguien. Saber esto nos libera de estar lamentándonos continuamente de que hemos experimentado demasiado poco amor, de que no podemos vivir rectamente porque no nos sentimos saciados en nuestro deseo de amor. El anhelo de amor se despierta en nosotros mediante la satisfacción y la decepción. En el acompañamiento me encuentro con muchas personas que sufren porque son muy poco amadas. Tomo en serio su dolor, pero les remito también a su deseo de amor. Este deseo está en ellas, y nadie puede arrebatárselo. Antoine de Saint-Exupéry dijo en cierta ocasión que en el deseo de amor ya hay amor. Todos y cada uno de nosotros ansiamos el amor. Y en este anhelo sentimos ya el amor, el amor a otra persona, pero también el amor que somos nosotros. Algunos se sienten desesperadamente infelices porque la persona a la que aman no corresponde a su amor. También en estos casos, a quienes buscan consejo les remito al de-

seo de amor, que está en ellos y en el que ya hay verdadero amor. Si disfrutaban de ese amor, entonces su vida se transforma. Entonces pueden tener a veces la feliz experiencia de que, en último término, no depende de que tal o cual persona me ame, sino de que yo soy amor. En el amor estoy en Dios. En él llego a la fuente que fecunda y sana mi vida.

Una mujer me comentaba que después de la muerte de su marido encontró unas cartas que permitían deducir que él le había sido infiel. Ello, obviamente, la hirió profundamente. No podía creer que su marido hubiera sido capaz de tal cosa. Sentía que no quería amargarse. No quería poner en cuestión toda su vida matrimonial ni cortar con toda su experiencia de amor. En el diálogo le resultó claro que, pese a todo, había amado a su marido. Y a través de todas las experiencias felices y lacerantes llegó a entrar en contacto con la fuente del amor que había en ella. Nadie podía quitarle ese amor, ni siquiera la infidelidad de su marido. De este modo accedió hasta el amor como fuerza divina en su alma. Habría deseado que su experiencia hubiera sido distinta. Pero las cosas habían sido así. A través del dolor y el duelo por la herida, llegó finalmente a la paz interior. Porque sentía que este amor le pertenecía y daba un sabor divino a su vida. En vez de dar vueltas permanentemente con la imaginación en torno a la infidelidad de su difunto marido, en cuanto ese pensamiento se presentaba, ella se volvía al fundamento de su alma. Lo cual no era una huida de la decepción, sino un camino de sanación y transformación. Y en esto consiste para mí, al fin y al cabo, la función terapéutica del amor, tal como Pablo nos la ha descrito.

Todas las experiencias de amor, aun cuando sean tan lacerantes y decepcionantes, quieren conducirnos a ese amor divino que hay en nosotros. El amor de Dios no es quebradizo. Podemos confiar en él. Lamentablemente, a menudo apenas es palpable. Pero tanto a través de las experiencias fascinantes de amor a una persona, por las cuales estamos agradecidos, como a través de las experiencias decepcionantes que nos hacen sufrir, podemos vislumbrar algo de este amor que hay en nosotros y da un sabor divino a nuestra vida. Necesitamos las experiencias humanas de amor para sentir el amor divino. No se trata de excluir las experiencias de amor humano porque sean demasiado peligrosas o porque podrían herirnos. Quien quiera saltarse la dimensión humana del amor, para cobijarse sólo en el amor divino, fracasará. Pero si uno tiene, en medio de todas las experiencias, los ojos fijos en el fundamento del amor, que está presente en todo amor humano como su dimensión profunda, entonces la experiencia del amor será siempre para él un camino de sanación y, en definitiva, también un camino místico, que lo introducirá más profundamente en la experiencia de Dios, en la experiencia del misterio del inefable e incomprensible amor de Dios.

5

El «Himno al amor» y las experiencias de orientación matrimonial

EN la Introducción he mencionado que de niño escuché en las bodas a menudo homilías sobre el capítulo 13 de la Primera Carta a los Corintios que elogiaban el amor del matrimonio del modo más elevado. Muchas veces me pareció que esas palabras dirigidas a los novios eran excesivamente sentimentales: «Demasiado hermoso para ser verdad». En los cursos que imparto, cuando ofrezco a los participantes la posibilidad de dialogar, el tema de muchos de esos diálogos es el problema del amor. Hay dificultades en la relación con la esposa, con el esposo o con los hijos. Hay varones que, incluso con más de 65 años, están corroídos por los celos. Se irritan por ello, pero no pueden liberarse. Una mujer me contó que ya no podía soportar a su marido. Se habían ido acumulando tantas heridas que cada vez se sentía más cerrada con respecto a él. Y al final su cuerpo asumió el rechazo al marido que tanto le había hecho sufrir. Ya no pueden dormir juntos, porque el cuerpo de ella se rebela contra él.

Yo no he realizado estudios de orientación matrimonial. Sólo puedo recurrir a las experiencias que he tenido en conversaciones sobre problemas de relación y a la lectura de libros sobre orientación matrimonial. Gracias a las conversaciones con consejeros matrimoniales, sé que no es fácil trabajar con parejas. Con frecuencia sucede que sólo uno de los cónyuges quiere la orientación,, mientras que el otro piensa que todo está bien. El marido acude únicamente para que la mujer esté contenta, pero no se implica de verdad en el diálogo. En otras parejas la situación está tan embrollada que apenas pueden hablar razonablemente entre sí. O las heridas son tan profundas que les resulta difícil creer en la promesa de amor que les hace el cónyuge.

Un gran número de varones y mujeres que participan en los cursos están separados. Hablan del fracaso de su matrimonio. Han tratado de salvar su matrimonio, pero ha llegado un momento en que ya no pueden más. O han luchado en vano, porque el esposo o la esposa ha terminado poniendo las cartas sobre la mesa y ha reconocido que está manteniendo una relación con otra mujer o con otro hombre. Sus esfuerzos no tenían ninguna posibilidad. Otros cuentan que el fracaso del matrimonio los ha dejado desorientados. Habían puesto todas sus esperanzas en el éxito del matrimonio y habían hecho todo lo posible para salir airosos. A pesar de ello, se han separado.

¿Qué debo decir sobre el amor a esos varones y mujeres que sufren por amor o han fracasado en él? ¿No es una huida al sentimentalismo la meditación sobre las palabras de Pablo a los Corintios? A menudo, no se trata de un gran

conflicto, sino más bien de las pequeñas cosas aparentemente banales de cada día. Se trata de la incapacidad de comunicarse, de decir al otro de buenas maneras lo que nos molesta y nos alegra de él. Se trata de problemas sexuales, de la pérdida de los sentimientos. Debido al exceso de trabajo y a la preocupación por los niños, se descuida la relación conyugal. En el matrimonio hay todavía amor en alguna parte. Pero a veces se tiene la impresión de que, sencillamente, ha desaparecido. Se ha perdido por causa de los roces cotidianos. ¿Qué ayuda prestan las magníficas palabras del *Himno al amor* en estas experiencias del día a día?

Si los cónyuges tienen dificultades en su amor, acuden al orientador matrimonial y ponen todas sus esperanzas en que el consejero o el psicólogo podrá ayudarles a descubrir de nuevo el amor primero y a desarrollarlo. Pero a menudo sucede que acuden al orientador demasiado tarde, de modo que el conflicto ya no se puede resolver. Los consejeros han aprendido métodos para tratar con cónyuges cuyo amor ha entrado en crisis. Prestan atención al modo en que se hablan, si sólo se lanzan reproches o si son capaces de escuchar y tratan de comprender al otro. Ayudan a los cónyuges a tomar conciencia de cómo hablan entre sí. Y les muestran formas de comunicarse mejor sin acusar al otro ni juzgar sus acciones o sus palabras. Ciertamente, aprender formas saludables de comunicación es una gran ayuda para que los cónyuges puedan seguir viviendo juntos.

Hasta ahora he descrito el capítulo 13 de la Primera Carta a los Corintios como poder del amor, que está presente en la persona independientemente del desarrollo

concreto de ese amor. Ahora bien, este texto ofrece también ayudas a los cónyuges para que puedan profundizar su amor mutuo y vivirlo concretamente cada día. Por otro lado, tenemos que guardarnos de interpretar las afirmaciones de san Pablo de un modo demasiado idealista, con el fin de no crear mala conciencia en los cónyuges. Porque entonces tendrían la impresión de que deberían tener buena voluntad para ser capaces de mantener el amor. Más bien, debemos traducir con claridad y precisión las palabras de la Biblia a la vida cotidiana del matrimonio. De este modo se convierten en una ayuda útil para que se logre el amor en el matrimonio sin suscitar sentimientos de culpabilidad.

Deseo indicar tan sólo un par de notas concretas que muestran cómo las palabras de san Pablo pueden ser féculas para el amor de los cónyuges. Para ello tengo presente la situación del diálogo de acompañamiento. Los cónyuges vienen juntos o por separado para hablar de los problemas de su relación. Las palabras de san Pablo no son un parche piadoso que yo puedo poner sobre las dificultades de su convivencia. Eso sólo ocultaría el problema. Hay que contemplarlas con toda humildad. A mí me ayuda esta frase: «El amor no presume». Quien habla respetuosamente sobre el amor que siente hacia su cónyuge no presume de él. Tampoco tiene que idealizarlo. Puede hablar sobriamente sobre el regalo del amor que ambos experimentan una y otra vez, pero también sobre el laborioso esfuerzo necesario para mantener ese amor en la vida cotidiana y conservarlo siempre despierto. Sólo si contemplo mi amor con profundo respeto, encontraré la forma de vivirlo de tal modo que sea un regalo para ambos.

«El amor no presume» significa para mí algo más. Continuamente me encuentro con varones que se casaron con mujeres de las que esperaban que los admiraran. Se glorían ante ellas de sus capacidades y hazañas. Pero en cuanto sus esposas los critican, buscan rápidamente otra compañera que se fije en ellos y les muestra la deseada admiración. Es doloroso aceptar a la esposa que me critica, que descubre mis lados oscuros y me muestra cuáles son mis debilidades y dónde me estoy engañando y engaño a los demás. Pero precisamente ésta es la finalidad de los diálogos, a saber: que los cónyuges aprendan a encontrarse en el mismo nivel y a desafiarse mutuamente, en vez de admirarse.

El orientador matrimonial Hans Jellouschek piensa que el mayor peligro actual para el matrimonio son las ideas neorrománticas. Por un lado, está la idea de que el matrimonio es una «organización para la felicidad» y que en él los cónyuges deben sentirse siempre felices. Frente a esta idea —que correspondería al «presumir»— opone él la imagen del matrimonio como camino de ejercitación, como camino de adiestramiento en el que aprendemos a aceptarnos mutuamente, a vivir juntos y amarnos. En este camino experimentamos muchas veces la felicidad. Pero a veces topamos también con dificultades. Sólo quien no teme a la hora de aceptar las penas del camino, siente una y otra vez con agradecimiento cómo el amor llega a ser pleno.

Otra idea neorromántica sostiene que la sexualidad colma nuestro deseo más profundo de unidad. Jellouschek piensa que de este modo se exige demasiado a la sexualidad. Aun cuando la unión sexual nos hace profundamente felices, no calma nuestro deseo más profundo, sino que

despierta siempre un nuevo deseo. En la sexualidad hay siempre un potencial trascendente. El amor sexual entre el varón y la mujer sólo puede ser vivido de un modo satisfactorio para ambos si está abierto a la trascendencia, al éxtasis en Dios. Los cónyuges que descuidan la sexualidad no son felices. Pero los que se obsesionan con ella quedan igualmente decepcionados. Hace falta una buena cultura de la vida que favorezca la vivencia de la sexualidad y le dé un amplio espacio. Y hace falta creatividad y, en último término, la apertura a Dios, para que, en vez de exigir demasiado a la sexualidad, disfrutemos agradecidos de ella.

Cuando los cónyuges hablan sobre las dificultades en su convivencia, les recomiendo siempre que tengan el tesón desde el que habla san Pablo. En el matrimonio hay fases en que los cónyuges se sienten extraños. Un matrimonio vive de un buen equilibrio entre cercanía y distancia. Si siento la distancia de mi cónyuge, ello no significa que dé por roto el matrimonio. Más bien, hace falta una capacidad de aguante que dé espacio al otro para seguir desarrollándose. Yo mismo necesito ese espacio para hacer algo por mí. Si los diálogos no son útiles, entonces siempre aconsejo que se aprovechen estas fases del matrimonio para hacer algo por uno mismo, para fomentar el propio desarrollo. Tal vez el cónyuge sienta de nuevo curiosidad por saber si he hecho algo por mí, si he seguido desarrollándome. En vez de pelearme con la estrechez del otro, debo sentir mi propia anchura. Cuanto más grande sea yo, tanto menos daño me hará la estrechez del otro. Asimismo, mi amplitud invita al otro a abrirse lentamente. Pero para ello hace falta mucha paciencia. Y necesito

esperanza para aguardar lo que no veo, para no renunciar a la esperanza en el otro, sino, por el contrario, confiar en que se desarrolle lo bueno que hay en él.

Muchos cónyuges, sobre todo muchas mujeres, se exigen demasiado, debido a eso que dice Pablo de que «el amor no busca su interés». Han creído que no debían pensar en sí mismas, que sólo debían estar al servicio del otro y cuidar de que le fuera bien. Pero si interpreto estas palabras de san Pablo superficialmente, paso por alto mis propias necesidades. Y llega un momento en que estas necesidades reprimidas piden la palabra. Cuanto más las reprimo, con tanta mayor fuerza alzan su voz. A menudo, no encontramos la manera de compaginar la entrega con nuestras necesidades. Entonces nos olvidamos de la entrega y vivimos sólo para nuestras necesidades. Me encierro en mí mismo y doy vueltas únicamente en torno a mí y a lo que a mí me hace bien. Pero de este modo me hago daño yo mismo. Lo que importa es entregarme en el matrimonio y, al mismo tiempo, atender a mi propia necesidad y asumir la responsabilidad de mi familia, pero también la que me incumbe sobre mí mismo.

Lorenz Wachinger describe la entrega de un modo realista, de tal manera que no exija demasiado a los cónyuges, sino que los capacite para aceptarse mutuamente. Para él, la entrega significa siempre que en mí muere algo a lo que me aferro:

«En cuanto desaparece el primer enamoramiento, mueren las ilusiones ocultas y tenazmente acariciadas sobre uno mismo y sobre el cónyuge. Aquel yo juvenil, que se encontraba tan admirable y estu-

pendamente, muere poco a poco y deja un espacio más profundo para el yo, que da cabida también al yo del cónyuge; el amor mismo, el fuego resplandeciente del principio, no puede permanecer así; muere y se hace nuevo» (Wachinger, *Ehe* 165).

No se trata de sacrificarse por el otro. Porque si me sacrifico por el otro, no caigo en la cuenta de cuánta agresión se oculta en ello. Llega un momento en que el sacrificio se convierte en una exigencia al otro. Tiene que recompensarme entregándolo todo por mí y ocupándose siempre de mí. La entrega, por el contrario, significa renunciar una y otra vez a nuestras ideas de amor y aceptar al otro tal como es.

Otra ayuda para que el amor llegue a plenitud la ofrecen estas palabras: «El amor no lleva cuentas del mal». A menudo, los cónyuges discuten porque uno le echa al otro la culpa de que el amor no salga airoso. El otro no tiene tiempo, no tiene ninguna sensibilidad para mis necesidades. Es frío y reservado. No se ocupa de mí y de mis sentimientos. «Culparse mutuamente, echar al otro la culpa de las decepciones, es uno de los “juegos” practicados con más frecuencia por unos cónyuges enfrentados» (Wachinger, *Ehe* 133). En vez de echar la culpa al otro o de sentirse uno mismo culpable de todo, Wachinger aboga por una tercera vía:

«Aprender a ver y asumir la responsabilidad, tanto si no he dicho o hecho lo que no debía decir o hacer, como si soy culpable con respecto a mi cónyuge, a otra persona o a mí mismo. Mi identidad de-

pende de que no me sacuda lo que he hecho mal en el pasado ni lo olvide fácilmente. Si abogo por mí, por quien he sido, los otros y mi cónyuge pueden abogar por mí, por quien soy ahora y por quien deseo y quiero ser» (Wachinger, *Ehe* 133).

Observo muchas veces cómo uno de los cónyuges echa la culpa al otro. El varón es el culpable de que la relación esté así. No tiene tiempo. Llega cansado del trabajo y no tiene ganas de hablar en profundidad. Así, sólo hablan de un modo superficial. O la mujer es culpable porque no satisface las necesidades del varón de una relación más intensa. Está tan centrada en los hijos que el varón no recibe la atención suficiente. La atribución de culpas es aún más intensa si uno de los cónyuges se ha enamorado.

Una mujer me dijo que había contado sinceramente a su marido lo que sentía hacia su médico y que se había enamorado de él. No había sucedido nada más, de modo que sólo le habló de sus sentimientos. Esto supuso para el marido tal ofensa que se separó de su mujer. Y lo hizo acusándola de que ella era la culpable de la ruptura matrimonial. Un varón me contó que en un viaje al extranjero se había encontrado con una mujer y había mantenido relaciones sexuales con ella. Pero tenía muy claro que eso no llevaba a ninguna parte. Quería confesárselo a su esposa, para poder vivir de nuevo sinceramente con ella. Pero la esposa le impuso un hábito de penitencia para toda la vida. Y no dejaba de reprochárselo. La relación se hizo insoportable. Si él decía algo que a su esposa no le parecía bien, ella reaccionaba con este reproche: «No tienes nin-

gún derecho a hablar así después de lo que hiciste». Llevar cuentas del mal destruye la relación.

Sólo puedo hablar abiertamente sobre mi culpa si el otro no aprovecha mis palabras para suscitar en mí continuamente sentimientos de culpabilidad. Porque entonces éstos se convierten en un pantano del que no puedo salir. Ya no puedo respirar ni recorrer libremente mi camino. Es importante encontrar una posibilidad de afrontar los pequeños errores de la vida diaria y arreglárselas con la culpa si hemos herido profundamente al otro. Para ello, no debemos cubrir esas faltas o disculparlas de inmediato. Esto no crea ninguna paz. Pero el hecho de culpabilizarnos a nosotros mismos o al otro tampoco presta ninguna ayuda. Hay que observar atentamente el error. ¿Cómo ha llegado a producirse? La culpa debe hacernos humildes.

Nadie puede ofrecer garantías de sí mismo. En la convivencia nos topamos continuamente con nuestros límites. Descubriremos en nosotros aspectos que nunca habríamos sospechado. Observarlo con toda humildad, sin desgarrarnos con sentimientos de culpa y sin colgar al otro un hábito de penitencia, es un proceso doloroso. Pero sólo a través del dolor puede crecer algo nuevo. Tengo que deplorar lo que he hecho mal. Sólo así es posible empezar de nuevo. Debo despedirme de las ilusiones que me he creado acerca de mí o del otro, y verme a mí y al otro de manera realista y, al mismo tiempo, con una mirada mansa y bondadosa. Y tengo que sentir cuán profundamente he herido al otro, percibir y valorar el dolor del otro. Sólo de este modo la culpa se puede transformar en una culpa feliz y en un nuevo comienzo.

Las palabras sobre el amor que todo lo soporta se han interpretado muchas veces en un sentido pasivo. Tengo que aceptar al otro tal como es. No puedo cambiarlo. Tengo que soportar sus debilidades. No me queda más remedio. Pero esta interpretación pasiva de las palabras de Pablo sólo crea resignación y depresión. El amor confía siempre en el otro. Lo acepta tal como es. Pero también espera siempre que se desarrolle lo bueno que hay en él.

En la convivencia conyugal debo tomar en serio mis propios sentimientos. Y si el comportamiento del otro me irrita, de nada sirve decir: «En fin..., tengo que aguantarlo tal como es...». La irritación y las agresiones son siempre un desafío al otro. Confío en que pueda cambiar algo en él. Le digo qué efecto producen en mí sus palabras, que me irrita si llega siempre tarde. La agresión desafía al otro a trabajar en su persona y a tomar conciencia de sí mismo. Es posible que no haya observado el efecto que sus palabras tienen en mí. La agresión es la fuerza que puede poner en marcha un proceso de cambio en mí y en el otro. Y ningún matrimonio puede subsistir sin esta disposición al cambio continuo.

No obstante, pese a todos los deseos e intentos de cambio, siempre quedan bastantes cosas que se han de aguantar y soportar. Si el otro cae enfermo, entonces hay que sostenerlo con su enfermedad, sus debilidades psíquicas, su depresión o su angustia. Ahora bien, si se da el caso de que mi cónyuge tiene problemas psíquicos, tengo que ver claramente si debo limitarme a aguantar o si también tengo que desafiar al otro. Si es una persona depresiva, debo animarla, cuando menos, a hacer algo por ella misma, a

iniciar una terapia. Hablo con ella, trato de ponerme en su piel, sin valorar ni juzgar. Pero también en este caso debo tomar en serio mis sentimientos. Si me siento irritado, suele ser señal de que el otro podría cambiar en algunas cosas. Pero él prefiere mantenerse en su depresión. La irritación es, por tanto, el impulso para desafiar al otro con el fin de que trabaje en sí mismo y busque ayuda. Naturalmente, la irritación puede ser también una señal de que debo despedirme de la imagen del cónyuge fuerte. Y esto constituye un desafío a cambiar algo en mí y en mi actitud hacia el otro.

En cualquier caso, no puedo utilizar precipitadamente las palabras «el amor todo lo soporta» para aceptarlo todo sin protestar. Tengo que descubrir el punto donde se necesita un amor capaz de aguantar. No hay convivencia en la que no debamos sobrellevar muchas cosas, en nosotros mismos y en el otro. Pero este aguante no es mera resignación, sino que más bien se convierte en una fuente de energía. O puede convertirse en una columna que da estabilidad al matrimonio, que sostiene la casa del matrimonio, para que ambos cónyuges puedan habitar confortablemente dentro de ella.

Un marido me contaba que se sentía impotente frente a la depresión de su mujer. Si él quería ayudarla, ella lo rechazaba. Y si se retiraba y distanciaba, ella se lo reprochaba. Le echaba en cara que estuviera sano. Todo lo que dijera sería en balde. No tenía ni idea de lo que ella sentía en su depresión. Él ya no sabía qué hacer. Incluso le reprochaba el hecho de que estuviera sano. También se puede utilizar la enfermedad como arma contra el otro. Entonces,

el primer paso no debe ser soportar, sino marcar límites y protegerse uno mismo. Debo protegerme contra la fuerza agresiva de la enfermedad del cónyuge. Y después..., soportar. No obstante, aun cuando me proteja, seguirá resultándome difícil sobrellevar al otro con su enfermedad y reconciliarme con el hecho de que mi cónyuge está enfermo y no puede satisfacer mis necesidades de cercanía. Pero no doy a su enfermedad ningún poder. No me dejo determinar por ella ni me dejo encerrar en un determinado papel.

Muchas veces me estremece oír cómo se hablan entre sí algunos cónyuges o cómo hablan el uno acerca del otro. En sus palabras se percibe un profundo desprecio, amargura o resignación. Algunos desdeñan al otro con sus palabras. Juzgan todo lo que hace. No lo dejan tranquilo y ni siquiera intentan comprenderlo. El amor se expresa, por lo general, en tiernas caricias, pero también ha de expresarse en el lenguaje. Es frecuente que los enamorados encuentren su propio lenguaje de amor. Pero éste se olvida pronto. En la vida cotidiana de un matrimonio se habla a menudo otro lenguaje, a veces superficial o agresivo. A menudo los cónyuges hablan sin entenderse. No escucho exactamente lo que el otro me dice. Sólo oigo lo que me irrita o me hiere. He etiquetado de antemano sus palabras. El otro no tiene ninguna posibilidad de expresarse ni de verbalizar sus sentimientos. Su cónyuge reacciona de inmediato a sus palabras sin querer comprender lo que realmente quería decir.

Así pues, una tarea importante para los cónyuges consiste en tomar conciencia de su propio lenguaje. ¿En qué sentido mi lenguaje valora y juzga al otro, lo acusa, lo

hiere? ¿Cómo podemos conversar entre nosotros, cómo podemos decirnos también cosas difíciles? ¿Cómo podemos discutir sin que la discusión nos enemiste? Lorenz Wachinger, que tiene mucha experiencia en la orientación matrimonial, afirma: «Del modo en que en las personas y los cónyuges hablan entre sí depende que se acerquen o se alejen el uno del otro» (Wachinger, *In Konflikten* 9). Y cita a Sigmund Freud, quien refería el caso de un niño que tenía miedo a la oscuridad y gritaba a su tía, que estaba en la habitación contigua: «¡Tía, háblame, tengo miedo!». «Pero ¿de qué te sirve que yo hable, si no me ves?». Y el niño contestaba: “Si alguien habla, hay más claridad”» (Wachinger, *In Konflikten* 10).

Si los cónyuges hablan el lenguaje del amor, entonces hay más claridad en su vida. Pero ese lenguaje hay que aprenderlo. Tiene que dirigirse al otro sin reproches. Ha de salir del corazón, revelar el corazón de quien habla y transmitir algo del calor del corazón. Entonces alcanza al otro. Las palabras pueden transmitir amor y hacerlo más profundo. Pero también pueden destruir el amor. Las palabras que se burlan, que hieren, que se ríen del cuerpo del otro, se clavan profundamente en el alma como un anzuelo. Es muy difícil extraerlas sin agrandar la herida. Hace falta atención para encontrar las palabras que protegen y profundizan el amor.

Para algunos cónyuges que se encuentran en medio de una crisis, las palabras sobre el amor que todo lo excusa y todo lo soporta son una ayuda para superar la crisis. Son parejas que no abandonan demasiado aprisa y tienen esperanza de salir fortalecidos del conflicto. Siempre trato de

respaldar en este sentido a las personas que buscan consejo. La crisis es también una oportunidad. Quienes la atraviesan y salen de ella aprenden mucho para sí mismos y para el otro. La crisis me desafía a ver mejor cómo me comprendo a mí mismo y cómo entiendo mi matrimonio. ¿Quién soy yo realmente? ¿Acaso no tengo una falsa imagen de mí mismo? ¿Y qué idea me he hecho del matrimonio? Tal vez la crisis destruya esas imágenes para que me vea a mí mismo y mi propio matrimonio de un modo más realista. Quizás a través de la crisis llegue al meollo de mi verdadera esencia y al núcleo de nuestra convivencia.

Por eso, cuando los cónyuges no pueden seguir adelante por sí solos, siempre aconsejo invertir algo para el matrimonio, buscar un orientador matrimonial o hacer una terapia de pareja. El matrimonio es una realidad preciosa. Deberíamos invertir todas las energías en preservarlo. Sólo cuando realmente ya no hay salida, cuando caemos enfermos y cuando el peso amenaza con aplastarnos, sólo entonces podemos pensar en una separación. Pero incluso en ese momento sería bueno probar primero una separación provisional. A veces, cada uno de los cónyuges necesita más espacio personal para ver con más claridad. Si están discutiendo permanentemente, entonces una separación ayuda a valorar de nuevo al otro desde la distancia.

Para algunos, no obstante, las palabras sobre el amor que todo lo soporta son opresoras: tienen sentimientos de culpabilidad, porque su matrimonio ha entrado en crisis; sienten que no pueden abandonar en ningún caso; deben aguantarlo todo, aunque su cónyuge los hiera y humille permanentemente. Son sobre todo las personas religiosas

las que caen a menudo en la trampa de los sentimientos de culpabilidad. La situación se vuelve tan opresora para ellas que prefieren aguantar todo lo que les echen encima antes que tener que cargar con la culpa. Pero si mi amor está tan sobrecargado de sentimientos de culpabilidad, no puede salir airoso, no puede sanar ni el matrimonio ni a mí mismo. Más bien se convierte en una carga que me oprime. Entonces es importante admitir que soy un ser humano que no puedo soportarlo todo. Estoy dispuesto a aguantar lo que Dios me imponga. Pero Dios no quiere sobrecargarme. Si el peso me aplasta, ciertamente ya no es voluntad de Dios, sino únicamente mi idea de la voluntad de Dios. Las palabras de san Pablo son una exhortación a no abandonar demasiado pronto. Pero no son una espada de Damocles que penda sobre nosotros y nos amenace. A las personas que están desgarradas por sentimientos de culpa y se han metido en un callejón sin salida les propongo siempre que mediten las palabras de 1 Juan 3,20: «Aunque nuestra conciencia nos condene, Dios, que lo sabe todo, está por encima de nuestra conciencia».

En las homilías de las bodas se suele anunciar con mucho entusiasmo que el amor no pasa nunca. Sin embargo, las estadísticas muestran que el ideal de la indisolubilidad del matrimonio se halla cada vez más en entredicho. Y para muchas personas la indisolubilidad del matrimonio es más una exigencia gravosa que les hace sentir angustia, porque no pueden garantizar que vayan a ser capaces de cumplirla. ¿Cómo podemos hablar con realismo sobre el amor que no pasa nunca? Muchas personas tienen la experiencia de que el amor se empantana o se rompe. El

amor como sentimiento se desvanece. Los sentimientos vacilan. La afirmación de que el amor no pasa nunca no puede referirse, por tanto, al sentimiento.

Lorenz Wachinger aplica esta promesa al deseo humano de una identidad clara. Se trata, en último término, de encontrarme a mí mismo a través de todas las experiencias del amor, de encontrar una patria en mí mismo, de entrar en mí. «Los destinos del amor, incluidos la separación y el divorcio, pertenecen a esta búsqueda de identidad. Muchas separaciones no son simples fracasos de la relación y violaciones de la fidelidad conyugal, sino verdaderas crisis en el camino hacia la madurez humana» (Wachinger, *Ehe* 149). En el amor a una persona anhelamos encontrar nuestro verdadero sí mismo. No obstante, a menudo no nos encontramos. Por eso nos separamos... para encontrarnos en otra relación.

En medio de todas las vacilaciones de los sentimientos, anhelamos encontrar nuestra identidad. La imagen de la indisolubilidad del matrimonio pretende ayudarnos en este camino. Pero no podemos entender la indisolubilidad de un modo absoluto. Porque entonces suscitaría en nosotros angustia y nos exigiría demasiado. Pero, como ideal, nos sostiene en el camino hacia nuestra identidad. No estamos sometidos a las oscilaciones de los sentimientos. Como personas, somos un proyecto a largo plazo. Buscamos una identidad que permanece, que permanece incluso más allá de la muerte. No podemos poner en tela de juicio ni la promesa de san Pablo, según la cual el amor no pasa nunca, ni el ideal de la indisolubilidad del matrimonio, simplemente con el argumento de que hoy ya no se pue-

den cumplir. En las palabras de Jesús sobre la indisolubilidad del matrimonio descubre Wachinger una ayuda para nuestra búsqueda de la propia identidad, que sobrevive a los cambios del tiempo:

«Cuando Jesús me exhorta a salir de la tiranía del tiempo y a no vivir el matrimonio en el esquema de un “tiempo de usar y tirar”, me recuerda mi identidad. Como creyente, la entiendo como identidad ofrecida, regalada, desde mi condición de criatura, desde mi “principio”, que está fuera de la medida del tiempo, al igual que mi “fin y meta”. Si entendemos el matrimonio desde esta identidad, lo sacamos de las vicisitudes del tiempo, lo hacemos indisoluble, creamos una confianza, fidelidad, paciencia y solidaridad definitivas. Esto es lo que anhelamos; es lo que necesitamos desde la infancia para llegar a ser personas y libres» (Wachinger, *Ehe* 150).

La indisolubilidad no se puede proteger con preceptos. Es un desafío a desarrollar la propia identidad. Pero no siempre logramos aceptar esta tarea. Para ello debemos también vivir y podemos confiar en la misericordia de Dios, que no nos condena, sino que nos alienta a seguir buscando nuestra identidad.

Aunque Pablo no está pensando en primer término en el matrimonio cuando ensalza los dones del amor, que Dios nos ha regalado en Jesucristo, sus palabras podrían ser también una exhortación a considerar y configurar con todo esmero el camino común en el matrimonio. Estos

versos no distan mucho de la realidad, pero deben ser traducidos a la situación real de cada matrimonio. Entonces pueden mostrar, en las situaciones más distintas en que se encuentren los cónyuges, un camino para que la convivencia tenga éxito. Ahora bien, las palabras del apóstol no prometen un mundo ideal, sino que más bien describen sobriamente una forma que tienen los cónyuges de vivir concretamente su amor.

Ningún amor conyugal puede tener éxito si no creen el uno en el otro y esperan en él y por él. El amor desea introducir a los cónyuges cada vez más en la verdad. Confía en que cada uno de ellos reconocerá su verdad. El matrimonio no significa refugiarse en hermosos sentimientos de amor. Más bien, la vida cotidiana del matrimonio irá poniendo de manifiesto todos los aspectos sombríos de cada uno de los cónyuges. En mi pareja reconoceré, como en un espejo, mi propia necesidad: mi deseo del amor del otro y también el déficit en el amor que viví en la infancia. La toma de conciencia de mi verdad y de la verdad de mi cónyuge es muchas veces un proceso doloroso. Pero, en definitiva, profundiza el amor y nos permite experimentar un amor que no sólo pone de manifiesto las heridas, sino que puede sanarlas.

Conclusión

TE deseo, querida lectora, querido lector, que tengas una y otra vez la feliz experiencia de que hay en ti una fuente de amor que no se agota, porque es divina, y que entres continuamente en contacto con ese amor. Te deseo que sientas el fuego del amor que penetra en tu cuerpo y en tu alma, que infunde calor a todo cuanto hay en ti y que da calidez también a tu lenguaje. Y te deseo que no tengas sólo la experiencia del amor divino, sino que también puedas experimentar el regalo del amor humano. Porque la fuente del amor en nosotros sólo está viva si mana continuamente gracias a la vivencia del amor humano. Y el fuego del amor sólo puede dar calor a todo lo que hay en nosotros si se ve avivado continuamente por el encuentro con personas que estén llenas de amor.

Necesitamos siempre ambas cosas: por un lado, la experiencia del amor humano, que abarca el amar y el ser amado; por otro, el reconocimiento de un amor que está en el fundamento de todas las experiencias de amor: el amor divino, que sostiene nuestro amor humano. Nuestras ex-

perencias humanas de amor son siempre limitadas. A pesar de todos los conocimientos psicológicos o filosóficos y de todos nuestros esfuerzos en torno a la espiritualidad, siempre experimentaremos al mismo tiempo la belleza y la fragilidad de nuestro amor. Lo cual no debe desalentarnos. Más bien, debemos vislumbrar, en medio de la plenitud y la decepción, el amor como fundamento originario de todo ser. Esta causa primera del amor, este amor divino, se encuentra también en forma de chispa en el más frágil amor humano. Esta confianza en el fundamento del amor hace que podamos contemplar abierta y sinceramente nuestras experiencias de amor, ya sean afortunadas o decepcionantes. Podemos afrontar la verdad de nuestro amor, porque sabemos que también en el amor fracasado hay una chispa del amor divino, y que también a través del fracaso podemos entrar en contacto con la fuente interior del amor.

Esta confianza en que el poder del amor divino habita en nuestro amor, a menudo tan quebradizo, puede ayudar a los cónyuges a adentrarse en la aventura de su amor mutuo. No han de angustiarse ante la posibilidad de que el amor se les escape entre los dedos o no puedan mantener siempre sus elevados sentimientos amorosos. Pueden entregarse a su amor concreto con todos sus altibajos, porque en todas sus facetas reconocen algo de esta chispa divina. La realización y la decepción de su amor les remiten a la fuente interior del amor, que ningún ser humano, ningún fracaso y ninguna herida podrá arrebatarnos.

Ahora bien, la meditación del *Himno al amor* es también una ayuda para todas las personas que han optado

conscientemente por vivir célibes o que en algún momento de su vida tienen que reconciliarse con su celibato más o menos forzado. A ellas les muestra Pablo un camino para que, en su deseo de amor, lleguen hasta el amor que anida en el fundamento de su alma. Nadie vive sin amor. En cada uno de nosotros está el amor que da sentido y plenitud a nuestra vida. Podemos abrirnos paso hasta el amor que habita en lo más hondo de nuestra alma también a través de la falta de amor. El camino hacia este amor que está en lo profundo de nuestro ser pasa por el duelo por el déficit de amor. Pablo no quiere entretener a las personas célibes remitiéndolas al amor de Dios. Antes bien, toda persona tiene la experiencia del amor humano. A menudo, éste no es como desearíamos. Pero también la experiencia de un amor imperfecto nos hace recordar la fuente del amor divino que mana en nosotros.

Los versículos del *Himno al amor*, que Pablo nos ha regalado, pretenden que recordemos siempre la chispa de amor divino que hay en nosotros y la reavivemos. Entonces viviremos nuestro amor humano de un modo realista. No desesperaremos del amor. Pero tampoco suprimiremos la fragilidad que hay en él. En todas las experiencias del amor de amistad, del amor conyugal, del amor sexual y del amor espiritual palparemos el amor que tiene en Dios su fundamento y que Él nos ha regalado como un poder que da a nuestra vida un sabor divino. Y en este amor vislumbraremos el fundamento de todo ser, la raíz que sostiene todas las cosas. A este amor, que impregna el ser y, de este modo, es la causa última de todo ser, se le aplican las palabras de san Pablo: «El amor no pasa nunca».

Bibliografía

- CONZELMANN, Hans, *Der erste Brief an die Korinther*, Göttingen 1969.
- FROMM, Erich, *Die Kunst des Liebens*, Stuttgart 1980 (trad. cast.: *El arte de amar: una investigación sobre la naturaleza del amor*, Paidós, Barcelona 2007).
- GÖRRES, Albert, *Das Böse*, Freiburg im Breisgau 1984.
- GRÜN, Anselm, *Im Haus der Liebe wohnen*, Stuttgart 1999 (trad. cast.: *Habitar en la casa del amor*, Sal Terrae, Santander 2007³).
- HIRSCHBERGER, Johannes, «Der platonische Eros», en (Rabanus Maurus-Akademie [ed.]) *Was heisst Liebe? Zur Tradition eines Begriffes*, Frankfurt am Main 1982, pp. 30-46.
- JELLOUSCHEK, Hans, *Die Kunst als Paar zu leben*, Stuttgart 2002.
- KEEL, Othmar, *Das Hohelied*, Zürich 1986.
- KLAUCK, Hans-Josef, *1. Korintherbrief*, Würzburg 1984.
- KRINETZKI, Günter, *Hohes Lied*, Würzburg 1980.
- LAPIDE, Pinchas, *Das Hohelied der Liebe*, München 1993.
- LOTZ, Johannes B., «Die Liebe als Herausforderung des Menschen», en (Rabanus Maurus-Akademie [ed.]) *Was heisst Liebe? Zur Tradition eines Begriffes*, Frankfurt am Main 1982, pp. 9-29.

- MARCEL, Gabriel, *Philosophie der Hoffnung*, München 1957.
- MECKENSTOCK, Günter, «Liebe. VII: Neuzeit», en *Theologische Realenzyklopädie XXI*, pp. 156-170.
- RAHNER, Karl, «Amor», en (K. Rahner et al. [eds.]) *Sacramentum Mundi. Enciclopedia teológica*, vol. 1, Herder, Barcelona 1972, cols. 114-134 (orig. al.: «Liebe», en *Sacramentum Mundi. Theologisches Lexikon für die Praxis*, vol. 3, Freiburg im Breisgau 1969, cols. 234-252).
- SCHELLENBAUM, Peter, *Das Nein in der Liebe. Abgrenzung und Hingabe in der erotischen Beziehung*, München 2001.
- SCHERER, Georg, «Die Liebe im Denken Gabriel Marcells», en (Rabanus Maurus-Akademie [ed.]) *Was heisst Liebe? Zur Tradition eines Begriffes*, Frankfurt am Main 1982, pp. 112-133.
- SCHRAGE, Wolfgang, *Der erste Brief an die Korinther*, Zürich 1999.
- SÖLLE, Dorothee, *Atheistisch an Gott glauben*, Olten 1968.
- SPANNEUT, Michel, «Geduld», en *Reallexikon für Antike und Christentum*, vol. 9, Stuttgart 1976.
- WACHINGER, Lorenz, *Ehe. Einander lieben – einander lassen*, München 1986.
- *In Konflikten nicht verstummen. Wie Paare wieder reden lernen*, Düsseldorf 1993.
- WARNACH, Viktor, «Liebe», en *Handbuch theologischer Grundbegriffe II*, München 1963, pp. 54-75.
- WELTE, Bernhard, *Dialektik der Liebe*, Frankfurt am Main 1973.